

APUNTES

ACERCA DE LA VIDA Y POESÍAS DE DON PEDRO MONTENGÓN.

(Continuación.)

Nuestro respetable amigo el eruditísimo autor del *Catálogo del teatro antiguo español*, laureado por la Biblioteca Nacional, D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, nos ha proporcionado generosamente, entre otros no menos curiosos é importantes, el siguiente dato bibliográfico, tan raro y peregrino en España como el libro á que se refiere, no mencionado por Pastor y Fuster.

«*Las tragedias de Sofocles traducidas en verso castellano* (en-decasílabo), por D. Pedro Montengón—Tomo I—Nápoli—Presso Gio: Battista Settembre,—1820».—8.º marquilla. Ignórase si salió á luz el tomo segundo. Á la vuelta de la portada se lee: «*Traje-dias contenidas en este tomo I.—Agamenón.—Egisto y Clitem-nestra.—Edipo.—Antígona y Emón*».—No hay prólogo, ni preliminar alguno.

Esta última circunstancia es la que nos hace dudar que Montengón muriese en 1815, y presumir que su vida se prolongó todavía algunos años más. La razón es obvia. Si nuestro escritor hubiese fallecido antes de 1820, la citada obra sería póstuma, pues no cabe suponer una impresión más antigua. Y en tal caso, ¿habría dejado de colocar el editor al frente de ella alguna advertencia ó noticia necrológica acerca de Montengón, como en ocasiones por el estilo se acostumbra? El lector discreto apreciará la fuerza de esta observación.

Reseñemos entre tanto las obras que, demás de las ya mencionadas, compuso y publicó Montengón.

1.^a *El Antenor*,—Madrid, por Sancha, 1786, dos tomos en 8.^o mayor,—poema en prosa, donde, siguiendo las tradiciones venecianas, canta los orígenes de la Reina del Mar, á la manera y con análogos recursos y adornos épicos que Virgilio en *La Eneida* los de la Ciudad Eterna. El mismo Montengón le tradujo y dió á luz en italiano.—Venecia, 1790, dos tomos en 8.^o

2.^a *Eusebio*,—Madrid, por Sancha, 1786 y 88, cuatro tomos en 8.^o mayor,—novela filosófica escrita á imitación del *Emilio* de Rousseau, aunque con más católicos fines, ya que no con tan gallardo estilo. De este libro, uno de los más trascendentales del siglo XVIII, se han hecho numerosas ediciones dentro y fuera de la Península.

3.^a *Eudoxia, hija de Belisario*,—Madrid, por Sancha, 1793.—Zaragoza (sin año).—Barcelona, 1815, en 8.^o,—novela histórico-filosófica del corte de las de Marmontel, encaminada á disponer el corazón de las jóvenes al desprecio del fausto y de la vanidad en medio del lujo y de la ambición, previniéndolas contra los golpes de la fortuna, para que sobrelleven con fortaleza los mayores trabajos y humillaciones.

4.^a *El Rodrigo*,—Madrid, por Sancha, 1793, en 8.^o mayor,—excelente *romance épico* ó novela heroica por el estilo de las que tanta fama han dado posteriormente al Vizconde d'Arincourt, y más castiza en su lenguaje que los demás escritos de Montengón.

5.^a *Mirtilo ó los pastores trashumantes*,—Madrid, por Sancha, 1795, en 8.^o mayor,—novela pastoril, de escaso mérito, interesante, sin embargo, por su carácter auto-biográfico combinado con cierto sentido alegórico-filosófico, nada dudoso en nuestra opinión, y por las numerosas canciones morales, anacreónticas, églogas é idilios que contiene, á semejanza de las obras de igual género escritas en el siglo XVI.

6.^a *Compendio de la historia romana*,—en italiano.—Roma, 1802, tres tomos en 18.^o

7.^a, 8.^a, 9.^a y 10.^a *Frioleras eruditas y curiosas para la pública instrucción*.—Madrid, 1802, en 8.^o—Traducción ú original de esta obrita, reducida á una colección de artículos sueltos sobre varios puntos de historia, ciencias y artes, sería probablemente la titulada *Nugæ erudite* que Pastor y Fuster pone en el

catálogo de las de Montengón, aunque, lo mismo que sus *Sátiras latinas* y sus *Sermones quator in philosophiam aristotelicam*, sin expresar el año ni el lugar de la impresión, de los cuales no tenemos noticia.

11.^a *Fingal y Temora, poemas épicos de Osiam, antiguo poeta céltico, traducidos en verso castellano*,—endecasilabo suelto.—Madrid, 1804, en 4.^o—Sólo conocemos el primer tomo que comprende el *Fingal*, cuya traducción está calcada sobre la italiana tan famosa del Abate Cesarotti, conservando con bastante fidelidad el tono vagamente melancólico y el sencillo y vigoroso colorido de la poesía osiánica.

Véase el juicio que de las principales, entre las producciones aquí reseñadas, tenía formado el sabio literato D. Alberto Lista. «Antes de Walter Scott—dice—se escribió la historia en novelas, desfigurándola como madama Escudery, ó embelleciéndola como nuestro Montengón, á quien sólo faltó escribir mejor el castellano para ser un novelista estimable» (1). ¡Lástima grande que sus manuscritos, cuando los remitió á España para ser impresos, no cayeran, como él vivamente deseaba, en poder de correctores hábiles y entendidos que castigasen y puliesen su lenguaje y estilo!

II.

No en 1777, como asienta Pastor y Fuster, sino en 1778 vieron la luz pública en Ferrara, en la Imprenta Cameral, los dos primeros libros de las *Odas de Filopatro*, autor, el ex-jesuita escolar D. Pedro Montengón, residente en aquella ciudad: el III imprimiéndose en 1779. Cada libro forma un cuaderno en 12.^o mayor. El primero fué reimpresso con las notas de José Mariano Beristain, en Valencia, por Orga, 1782, en 4.^o; no conocemos esta edición, citada por dicho Pastor y Fuster. Con el título de *Odas de D. Pedro Montengón* y este lema tomado de Ovidio,

Et pius est, patriæ facta referre, labor,

(1) *Ensayos literarios y críticos*, tomo I, pág. 156.—Entre los mejores novelistas históricos anteriores á Walter Scott pudiera haber citado Lista al español Ginés Pérez de Hita, que en el siglo XVI compuso la interesante *Historia de las guerras civiles de Granada*.

que resume perfectamente el espíritu de la mayor parte de los cantos del vate alicantino, se publicaron nuevamente en *Madrid en la imprenta de Sancha, año de 1794* (un tomo en 8.º mayor), interpoladas con varias hasta entonces inéditas, entre ellas bastantes versiones de poesías bíblicas, casi todas las composiciones de la edición ferrariense, pero con reformas que las hacen parecer á veces completamente nuevas; no siendo, por tanto, la madrileña una mera reproducción de aquella, como alguno, al leer el artículo—*Don Pedro Montengón*—de la repetida *Biblioteca Valenciana*, quizá pudiera figurarse.

Por vía de prueba de la indicación precedente, y en atención á lo raros que son entre nosotros los ejemplares de las *Odas de Filopatro*, juzgamos oportuno ofrecer á nuestros lectores el siguiente índice, donde aparecen marcadas las diferencias que hay entre el de ambas ediciones, y se expresan los asuntos á que, tanto en una como en otra, consagró el autor principalmente las flores de su fértil ingenio; circunstancia esta última nada desatendible, pues constituye no pequeña parte del mérito de Montengón, y revela hasta cierto punto sus tendencias.

Los títulos que á continuación trascribimos son los de las poesías comprendidas en la edición de Madrid: los números romanos y arábigos, puestos al lado de ellos entre paréntesis, denotan, los primeros, los libros á que las diversas composiciones pertenecen en la impresión de Ferrara, y los segundos, el orden de su colocación dentro de cada una de las tres partes de la misma.

LIBRO PRIMERO. I. A la victoria de las Navas. (III.—5.^a)—II. Á D. Alonso de Guzmán, en la defensa de Tarifa. (III.—4.^a)—III. A la defensa de Clavijo. (III.—3.^a)—IV. A D. Fernando de Toledo, Duque de Alba. (III. 13.^a)—V. A D. Pelayo. (III.—2.^a)—VI. Al Cardenal Ximenez de Cisneros. (III.—10.^a)—VII. Al Rey D. Rodrigo. (III.—1.^a—*Vaticinio del Guadalete*).—VIII. Al Santo Rey D. Fernando. (III.—*Himno*, pág. 23.)—IX. Al Emperador Carlos V, retirado en Yuste. (III.—12.^a)—X. A los esforzados españoles que guerrearón en Flandes. (III.—15.^a)—XI. En la muerte de Garcilaso. (III.—14.^a)—XII. Al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. (III.—9.^a).—XIII. A la victoria de Lepanto.—XIV. Trova á la canción de Herrera en alabanza de D. Juan de Austria.—XV. Al favor de Apolo.

LIBRO SEGUNDO. I. A Carlos III. (II.—1.^a)—II. Al Infante D. Gabriel, sobre su traducción de Salustio Crispo.—III. Al Conde de Aranda. (III.—20.^a)—IV. A D. Antonio Eximeno. (I.—19.^a)—V. En la muerte del Conde de Aguilar, embajador en Viena. (III.—22.^a—*Al Conde de Aguilar, embajador en Viena.*)—VI. A D. Esteban Arteaga.—VII. Al Marqués de la Victoria en la batalla de Tolón. (III.—18.^a)—VIII. A D. Juan Andrés.—IX. A Doña Antonia Calatayud, Marquesa de la Mina, en la muerte de su marido, Virey de Cataluña. (III.—21.^a)—X. A D. Tomás Iriarte, sobre sus fábulas literarias.—XI. A D. Carlos Caro, en la muerte de su hermano el Marqués de la Romana. (I.—26.^a)—XII. Al Conde de Campomanes. (I.—16.^a—*A D. Pedro Rodríguez Campomanes, sobre su libro de la industria popular.*)—XIII. A D. Luis Velasco, muerto en la defensa del Morro. (I.—24.^a)—XIV. A D. Juan Colomé.—XV. A Antonio Barceló. (I.—25.)—XVI. Al Emmo. Cardenal D. Bernardino Honarati, electo Obispo de Sinigaglia.—XVII. A D. Manuel Lasala.—XVIII. A D. Juan de Lángara en la batalla de Espartel.—XIX. Al Conde Conti, traductor de los poetas españoles.—XX. A D. Gregorio Mayans.—XXI. A D. Pedro Cevallos. (I.—27.^a)

LIBRO TERCERO. I. Al patriotismo. (I.—11.^a)—II. A la Academia Vasconce. (I.—1.^o—*A Carlos III, sobre la Academia Vasconce, ó de los Amigos del país en aumento de la agricultura.*)—III. Al valor. (I.—23.)—IV. A la Paz.—V. A la Educación. (I.—9.^a)—VI. A la industria. (I.—2.^a)—VII. A D. Ambrosio Rial, sobre los canales de navegación. (I.—17.^a)—VIII. A D. Pedro Mondoñedo. (I.—10.^a, *sobre el viajar.*)—IX. Á las paces con Argel.—X. Al trabajo. (I.—3.^a)—XI. A D. Pedro Grijan, en alabanza de la Cataluña. (I.—14.^a)—XII. A la Sierra Morena.—(I.—12.^a)—XIII. Al Comercio. (I.—6.^a)—XIV. Al Túria.—XV. A D. Luis de Espineda, sobre las artes. (I.—4.^a)—XVI. A la navegación. (I.—7.^a)—XVII. Al lujo. (I.—7.^a)—XVIII. Al Conde de Lumières. (I.—18.^a—*Á D. Antonio Pallás, sobre los estudios.*)—XIX. Al valle de Volpena.

LIBRO CUARTO. I. Sobre el descubrimiento de América. (II.—3.^a)—II. Inectiva de Neréo á Colón. (II.—4.^a)—III. Efectos de la humanidad. (II.—5.^a—*Á los gobernadores de la América.*)—IV. Al Marqués de Castañiza, sobre el México.—V. A la restitución.

ción de Cuba. (II.—19.)—VI. Á D. Agustín de Castro, sobre el monte Orizaba.—VII. Al Quito. (II.—15.^a)—VIII. A D. Eusebio Villar, sobre el Perú. (II.—8.^a)—IX. A D. Francisco Soldevilla, sobre el chocolate. (II.—14.^a)—X. Al Potosí. (II.—7.^a)—XI. Sobre los Andes. (II.—6.^a)—XII. Al nuevo reino de Granada. (II.—13.^a)—XIII. Á D. Esteban Lerma, sobre las minas. (II.—11.^a)—XIV. Sobre el Chile. (II.—9.^a)—XV. A la isla de Juan Fernández. (II.—10.^a)—XVI. A la victoria de Otumba. (II.—22.^a)—XVII. Al Tabaco. (II.—21.^a)

LIBRO QUINTO. I. A Ligurina.—II. Sobre la virtud.—III. A una nave.—IV. A la vida del campo.—V. A Licinia.—VI. A Taliarco.—VII. A Nerina.—VIII. A Hermenesinda.—IX. A Elisa.—X. A los labradores.—XI. A Elisa.—XII. A Earino.—XIII. A Erminia.—XIV. A Elisa.—XV. A Emirena.—XVI. A Nerino.—XVII. A D. Carlos Andrés.

LIBRO SEXTO. Contiene los psalmos I, VIII, XVII, LXXXII, XCIII, CIII, CXIII, CXXV, el *Cántico de Habacuc*, el de Moisés *Cantemus Domino*, y el de Isaías *Quomodo cessavit exactor*, traducidos todos en verso castellano.

Como se vé, no entró en los dos últimos libros de la edición de Madrid, ninguna pieza anteriormente publicada; pero, en cambio, échanse de menos en ella varias de las *Odas de Filopatro*; cuya omisión, á lo menos en parte, más bien debió de nacer de motivos personales, que de razones literarias, pues en nada desmerecen de las reproducidas. Son del libro primero, las dedicadas Á D. José Sarmiento, sobre la labranza (18.^a), Á D. Miguel Gastón (13.^a), Al Marqués de la Ensenada (15.^a), Á D. Jorge Juan (20.^a), Á D. Francisco Javier Lampillas (21.^a), Á D. Tomás Serrano, sobre la defensa de Marcial, etc. (22.^a), y A la España en la elección á la Secretaría de Estado del Conde de Floridablanca (28.^a); del libro segundo, las que se intitulan: A la lira, sobre la América septentrional (2.^a), A D. Amadeo González, sobre el Paraguay (12.^a), A D. Luis de Orriola, sobre el Istmo de Panamá (16.^a), A las Filipinas (17.^a), A D. Antonio Hurtado, yendo á la California (18.^a), A la ciudad de México (20.^a), Cortés sobre el tûmulo de Doña Marina (23.^a), y Agüero contra la contratación de negros (24.^a); y por último, del libro tercero, las Al Cid Rodrigo Díaz de Vivar (6.^a), Al mismo Cid (7.^a), A Diego García

de Paredes (11.^a), *A D. Isidro Pacheco, muerto en la laguna Zedlándica* (entre la 15.^a y 18.^a), y *Al Marqués González, muerto en el Morro* (19.^a).

Ya hemos indicado que, al reimprimir sus *Odas* en Madrid, Montengón las rehizo y modificó notablemente. Con efecto, no sólo cambió frases y vocablos, y reformó cláusulas enteras, no sólo añadió unas estrofas y quitó otras, sino que con frecuencia dió á estas diferente extensión, y varió el giro y plan general de las composiciones, como puede verse, por ejemplo, en las dirigidas *Al Rey D. Rodrigo* y *Al Conde de Aguilar*, muy distintas en la edición de Madrid de como primero aparecieran en la de Ferrara, puesto que lo que en esta decía proféticamente el Guadalete, en aquella lo dice el poeta mismo; si allí se celebraba vivo al Conde de Aguilar, aquí se lamenta su muerte; las que en una parte son breves *liras*, se alargan en la otra hasta formar *ámplias estancias*.

En la primera impresión hallamos á cada paso que los períodos gramaticales no se ciñen á los límites de los períodos poéticos, sino que los traspasan, acaballándose unas estrofas sobre otras, con lo cual pierden gran parte de su gracia y energía; en la segunda edición ya no se nota semejante defecto, ó por lo menos, es poco frecuente, redondeándose los pensamientos casi siempre donde se redondean las estrofas, con gran deleite del lector, pues la simétrica disposición de estas entre sí es tan esencial á la *armonía* externa de cualquiera composición, como lo es á la de cada estrofa el concierto de unos versos con otros en rima, número y cadencia, como lo es á la de cada verso la oportuna combinación de las sílabas largas y breves y la colocación de las cesuras. Poco tienen que reprender bajo este aspecto las poesías de Montengón, tales como salieron de las prensas de Sancha. Su versificación es por lo común llena y numerosa, pero afeada á veces por sonsonetes y cacofonías. Sus estrofas, excepto en las *Églogas* é *Idilios* donde emplea la silva, son constantemente regulares en su estructura, componiéndose de *endecasílabos* y *heptasílabos* variamente casados, á los cuales se juntan *adónicos* en una ú otra *canción*. En las *Anacreónticas* son todos *heptasílabos* perfectamente rimados al modo de las *Cantilenas* de Villegas. ¡Ojalá no adoleciesen unos y otros de continuas *asonancias*, así

entre palabras de un mismo verso, como entre finales próximos de versos distintos de una misma estrofa, en poesías libres de rima y en las consonantadas; cosa tan ingrata á oídos españoles! Este lunar—que no deja de serlo por más que en él incurriesen egregios poetas—abunda en Montengón de un modo tal, que hace presumir que no le reputaba digno de censura. Pongamos algunos ejemplos, de los innumerables que ofrece.

Sobre la tierna frente
De la víctima en alto resplandece
La cimitarra ardiente;
El muro se estremece,
Pero no el padre, aunque dudar parece.

(A D. Alonso de Guzmán.)

Creyó no de otra suerte
El Moro jactancioso, que temiese
Ramiro á su pujanza y brazo fuerte
Y que temblando huyese,
Cual medroso venado
Del son de sus clarines espantado.

.....
Amparo de él espere,
Quien fiado en su brazo omnipotente,
Por sus sacros derechos combatiere;
Pues sin armas, ni gente,
Que ampare á sus ciudades,
Armará en su favor las tempestades.

.....
Poderoso no menos
Sobre aéreo caballo el Zebedeo
Aterró los reales agarenos,
Y los hizo trofeo
De aquellos que segura
Creían su ruína y desventura.

De aquellos que, con llanto,
De Clavijo en las breñas refugiados,
El fuerte *brazo* del Apóstol Santo
Llamaban, confiados
En su sacra valía;
El confundió del moro la osadía.

(A la victoria de Clavijo.)

Tú con sabia osadía,
 Digna de la grandeza de tu mente,
 Fuiste el primero, que otro no podía,
 En bajar á los silos de la muerte,
 Llevando en mano fuerte
 De la verdad la tea reluciente;
 Cediéronle espantados
Sus usurpados fueros los finados.

Tú la nación entera
 Del ocio esclava y mísera pereza,
 Despertaste del sueño en que estuviera..... etc.

(Al Conde de Campomanes.)

Deja, pues, la morada
 De ese noble solar, que á Landenara
 Tanto ilustra, y tu vista deseada
 Devuelve ya á Ferrara,
 Y colma los anhelos de la gente.
 Y el mío especialmente,
 Y el de mi musa, que á ti sólo debe
 El mejor traje que á mostrar se atreve. (1)

(Al Conde Conti.)

Desdice de los sábios largo llanto.

(A D. Pedro Grijan)

Oyó el Tíber orgulloso
 So graves ruedas retumbar el puente,
 Oprimido del carro majestuoso
 Domador del oriente,
 Y á los vencidos reyes,
 Dictar, tronando, Roma altivas leyes.

(Efectos de la Humanidad.)

Las flores campesinas
 Encima les reían
 De sus sienes y sueltas cabelleras, etc.

(2.ª A Elisa.)

(1) Parece aludir á alguna traducción italiana de composiciones de Montengón, hecha por Conti, aunque en la colección de *Poesías castellanas* que este publicó, ni siquiera el nombre hallamos del escritor alicantino.

Sacaré de su asiento el *Océano*,
 De su prisión los vientos que, *azorados*
 De mi saña é impelidos de mi *mano*,
 Asombrarán los *hados*
 Con la ruina de la tierra y cielo
 En su rápido vuelo;
 Haré chocar los astros y planetas
 Con airados *cometas*:
 Las caidas *estrellas*
 Se apagarán so mis triunfantes huellas.

(Canción á las ruinas de Mérida, el *Mirtilo*, pág. 215.)

¡Oh deliciosa *fuelle*,
 Que en tan ameno sitio nos *ofreces*,
 En prado que *enriqueces*
 Con el puro licor de tu *corriente*!
 Puedas eternamente
 Permanecer en tus *bullentes creces*,
 Sin que encepe á tus aguas duro hielo.
 Mas siempre el suelo,
 Su yerba y flores,
 Con tus *licores*
 Riegue tu *marcha*
 Libre de *escarcha*,
 Y seas de los *Faunos* la *morada*,
 De pastores y *ninfas* deseada.

(Canción, id., pág. 250.)

Vi al gigantesco *xefe*, firme y fuerte
 Como monte de hielo. Ese alto *fresno*
 No es superior á su empuñada *lanza*:
 Creciente luna su broquel *parece*.
 Sentado en un escollo de la *playa*
 Remedaba á la vista una *columna*
 De levantada niebla.

(Fingal. Canto I.)

Los *italianismos* y aun *galicismos* son frecuentísimos en la primera impresión, por otra parte muy incorrecta y llena de erratas; no lo son tanto en la segunda, ni en el *Mirtilo*, aunque mucho abundan. Podemos aplicar á este caso, *mutatis mutandis*, lo que Sempere y Guarinos, en su *Ensayo de una Biblioteca de los*

mejores escritores del reinado de Carlos III, escribió acerca de la dición del *Eusebio*.— «Dicen que el Sr. Montengón, falto de medios para imprimir su *Eusebio*, lo había remitido á España, para ver si quería alguno publicarlo por su cuenta, y que al mismo tiempo había encargado se entregara á alguna buena mano, para que, si tenía alguna voz ó expresión poco conforme al idioma castellano, la corrigiese, en atención á que, estando ausente de España diez y ocho años y viviendo otros tantos en Italia, no sería extraño hubiese pecado algo contra la pureza de nuestra lengua. Con efecto, D. Antonio Sancha, impresor y encuadernador bien conocido en España y fuera de ella, tomó por su cuenta la impresión del *Eusebio*. Pero el sujeto de quien se valió para su corrección, no parece que fué como el autor deseaba. Y así, además de innumerables yerros de impresión, se encuentran muchas voces que este hubiera reformado si hubiese escrito su obra en España; por ejemplo, las de *parar* y *dar mientes*, *plegarse á las circunstancias*, las *maneras* por modales, *relaja* de ánimo, *tremante* de indignación, *profundir*, *jubilarse* por alegrarse, *fantasear* por imaginar, y otras, ó extranjerías ó castellanas anticuadas, tales—añadiremos refiriéndonos á sus poesías—como *brutesco*, *lenteza*, *grutesco*, *pendió*, *corajoso*, *limital*, *venturo*, *expresado* por expresivo, *morder el polvo*, *velivolos*, *jactar* por jactarse de, *tresalir*, etc. De la misma causa dimana é idéntica disculpa tienen los giros poco castizos y las construcciones difíciles ó incorrectas que á menudo encontramos en las poesías de Montengón, ni de otra raíz procede su inseguridad en el manejo del patrio idioma, y particularmente del lenguaje poético; inseguridad que en ocasiones le hace emplear palabras, ya gramatical, ya poéticamente impropias, ó de tan baja extirpe como el adjetivo *braguetudo* con que califica al *bátavo* en cierto pasaje. Cualquiera, colocado en la situación de Montengón, habría incurrido en iguales defectos, que son comunes á todas sus obras.

Diremos, por fin, para terminar esta quizá difusa comparación entre las dos ediciones italiana y española de las *Odas*, que, mientras en la primera vemos al joven inexperto con la leche de la retórica en los labios, tan audaz en la elección como servil imitador en el desarrollo de los asuntos, abusando de la mitología, de las reminiscencias clásicas y de la erudición; en la se-

gunda descubrimos al literato ya formado, más sobrio, aunque no tanto como debiera, en el uso de exóticos atavíos, más libre cuando imita, más circunspecto cuando vuela con propias alas. En aquella hay más desigualdad, más arrebató, más energía, si se quiere; pero menos compostura y aliño: en esta, por el contrario, brillan más orden y conveniencia de las partes con el todo, más posesión de la materia, más corrección y elegancia. Faltan á veces, sin embargo, en las *Odas de D. Pedro Montengón* algunas bellezas que en las de *Filopatro* resplandecían. En toda reforma sucede una cosa parecida, porque en el mundo la fealdad y la belleza, lo mismo que el mal y el bien, que el error y la verdad, andan siempre mezcladas, sin que sea asequible al espíritu humano el desligarlas de un modo perfecto y absoluto. ¿Quién, al arrancar la zizaña, deja de arrancar con ella algo de trigo?

(*Se concluirá.*)

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

PROPAGACIÓN Y DESARROLLO

DE LA

FILOSOFÍA SENSUALISTA EN ESPAÑA DURANTE EL SIGLO XVIII (1).

Hemos visto en capítulos anteriores el estado de la filosofía á principios del siglo XVIII: las novedades *gassendistas* del Padre Tosca y de Zapata, las tendencias cartesianas de D. Gabriel Alvarez de Toledo, el *experimentalismo* (mezclado eclécticamente con otras direcciones) del P. Feijóo y de Martin Martínez. El predominio de Gassendi y Descartes duró poco: más tiempo dominaron Bacon y Newton, porque la admiración nos venía impuesta desde Francia: luego llegaron por sus pasos contados Locke y Condillac, y por fin y corona de todo, el sensualismo se trocó en materialismo, y á principios del siglo XIX imperaron solos Condorcet, Destutt-Tracy y Cabanis. Con unos diez ó doce años de rezago íbamos siguiendo todos los pasos y evoluciones de Francia.

Así y todo, la filosofía española de aquel tiempo, tomada en conjunto, valía más que la de ahora, no por los sensualistas y materialistas, sino á pesar de ellos y de sus rastreros y degradantes sistemas. Para gloria de nuestra nación debe decirse que sólo un expositor ilustre tuvo aquí Locke, que los demás no se alzaron un punto de la medianía, y que en cambio los más ilustres pensadores del siglo XVIII, el cisterciense Rodríguez, el jeronimiano Ceballos, los Canónigos Valcárcel y Castro, el insigne médico Piquer y su discípulo Forner, en quienes pareció renacer el espíritu

(1) Fragmento del tomo III, aun no publicado, de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*.

de Vives: el sevillano Pérez y López, émulo de Sabunde, y finalmente, el jesuita Hervás y Panduro, uno de los padres de la Antropología como lo es de la Lingüística comparada, se mantuvieron inmunes de tal contagio, lidiaron sin tregua contra la invasión intelectual de Francia, procuraron reanudar la cadena de oro de nuestra cultura, y fueron fervorosos espiritualistas, al revés de los que negaban toda actividad del alma anterior y superior á las sensaciones, y buscaban en la sensación, de varios modos transformada, la raíz de todo conocimiento, aplicando torpemente el método analítico.

El primero en fecha de los intérpretes y propagadores de la filosofía sensualista entre nosotros (aunque no la propugnase sino de soslayo y con atenuaciones) es un portugués, Luis Antonio Verney, Arcediano de Évora, de quien podemos decir que fué el filósofo de Pombal, como Pereira fué su canonista. Dióle extraordinario crédito en su tiempo el *Verdadero método de estudiar para ser útil á la República y á la Iglesia*, escrito en forma de cartas de un religioso italiano capuchino (por ende llamado el *Barbadiño*) á un amigo suyo, doctor de la Universidad de Coimbra. Plan es el que traza el Barbadiño, de reforma para todas artes y disciplinas, y especialmente para los estudios teológicos; pero en tan ardua empresa procedió con harto apresuramiento, escasa cautela y desmedida satisfacción propia, junta con indiscreto afán de novedades, conforme al gusto del tiempo, mereciendo bien la acre censura que de un gran filósofo español hizo injustamente el asperísimo Melchor Cano, es decir, que acertó al señalar las causas de la corrupción de los estudios, pero no tanto al proponer los remedios. Los tiros del Barbadiño iban principalmente enderezados contra las escuelas de los jesuitas, á quienes, no obstante, parece que quiso desagraciar con una amistosa dedicatoria. Pero los Padres de la Compañía no se dejaron adormecer por el incienso, y salieron con duplicados bríos á la defensa de sus métodos de enseñanza, distinguiéndose en esta polémica el P. Isla, que muy inoportunamente la introdujo en su *Fr. Gerundio* (afeando con ella dos ó tres largos capítulos), el P. Codorniu que escribió un *Desagravio de los autores y facultades que ofende el Barbadiño*, y el P. Serrano, á quien la intolerancia antijesuitica que comenzaba á reinar, impidió vulgarizar por la estampa una

Carta crítica sobre los desaciertos de Verney en materia de poesía, gramática y humanidades (1).

Realmente el libro de Barbadiño abunda en singulares extravagancias: entre ellas cuento la de pedir que se castigue no menos que *de muerte* á los estudiantes que hagan burlas pesadas á los *novatos*, al modo que las hicieron con D. Pablos los estudiantes de Alcalá. Pedir tal rigor por muchachadas, sólo entre portugueses, y en tiempos de Pombal, en que el crimen de *lesa majestad* y la pena capital andaban de moda, se concibe como verosímil.

Por lo demás, los tres tomos del Barbadiño son útiles y muy amenos, y razonables en muchas cosas, porque la larga residencia del autor en Italia había pulido su gusto, y desengañándole de los vicios de la educación en Portugal, infundiéndole ardentísimo amor á la pura latinidad y á los primores de las letras humanas. Por eso anduvo muy feliz al censurar el pésimo sistema de enseñar la lengua latina (aunque no acertó en encarnizarse con el Padre Manuel Álvarez, harto mejor humanista que él), y no menos al reprobar los vicios de la oratoria sagrada, con tal energía y donaire, que el mismo autor del *Fr. Gerundio* le quedó envidioso. Pero acontecía á Verney lo que á muchos, que por haber residido largo tiempo en un país más culto, viniendo de otro menos ilustrado, desprecian en montón las cosas todas de su tierra: de tal suerte, que el *Verdadero método de estudiar* puede tomarse por sátira sangrienta y espantosa contra Portugal y los portugueses. Nada encuentra bueno: ni siquiera á Camoéns, á quien desenfadadamente maltrata y zahiere, tanto y más que en nuestros días el P. Macedo. Otro yerro, más grave aun (y asaz común en todos los reformadores del siglo pasado), fué querer introducir en un día, y como por sorpresa y asalto, cuanto veían ensalzado fuera, por donde el plan de enseñanza del Barbadiño viene á dar

(1) «*Verdadero método de estudiar para ser útil á la República y á la Iglesia, proporcionado al Estado y necesidad de Portugal, expuesto en varias cartas escritas en idioma portugués, por el R. P. Barbadiño, de la Congregación de Italia, al R. P. Doctor en la Universidad de Coimbra. Traducido al castellano por D. Joseph Maymó y Ribes, Doctor en Sagrada Teología y Leyes, Abogado de los Reales Consejos y del Colegio de esta corte..... Madrid, por Joaquín Ibarra, 1760. (En 4.º) Tres tomos tengo á la vista: ignoro si se publicó alguno más.*

en utopía impracticable. Nada menos quiere que oprimir la memoria y el entendimiento del principiante teólogo, con una balumba de prolegómenos históricos, geográficos, cronológicos, indumentarios..... recomendándole, cual si hubiera de dedicarse exprofeso á las ciencias auxiliares, cuantos mapas, tablas cronológicas y atlas, no ya de la tierra santa y de las edades bíblicas, sino de todos países y lugares, habían salido de las prensas italianas y francesas. Á este tenor es todo: á una intemperancia de erudición moderna, las más veces impertinente, mézclase absoluto menosprecio de la filosofía y teología escolásticas, que llega á calificar de *perjudicialísimas á los dogmas de la Religión*, y que quiere sustituir con la vaga lectura y el estudio mal digerido de los Padres y Concilios, de los expositores y controversistas, de la Historia eclesiástica y de la liturgia: nociones utilísimas sin duda, pero que dadas sin discreción al estudiante, en vez de aquella admirable *leche para párvulos*, que se llama teología escolástica (donde está ordenado y metodizado lo más selecto, y digámoslo así, el extracto y la quinta esencia del saber de Padres y Doctores), sólo engendrará un confuso centón de especies inconexas, y no merecerá nombre de ciencia, el cual sólo compete á lo que está sujeto á norma y ley, y forma un cuerpo bien trabado, en que las verdades se enlazan y derivan unas de otras. Bien hizo Verney en recomendar el estudio de las lenguas orientales, como indispensable al teólogo expositivo, y muy conveniente á cualquiera otra especie de teólogo: bien en reprobar el lenguaje bárbaro, y las cuestiones inútiles; pero de aquí no debió pasar, so pena de temerario. Además, en todo lo que dice de teología, mostró muy subido sabor janseniano.

Como literato curioso y amante de la novedad, *abierto á todo viento de doctrina*, y amigo de lo nuevo por nuevo y no por verdadero ni por bueno, Verney aceptó sin discusión, por dogmas de eterna verdad, cuantas opiniones propalaban los modernos ó *neotéricos*, y cayó como Genovesi y Condillac en mil frialdades contra el Peripato y Aristóteles y el silogismo. Pero como era espíritu más retórico que filosófico, inagotable de palabras más que firme de ideas, se mantuvo por lo general en una especie de sincretismo elegante, que ni á eclecticismo llegaba. Todo se le vuelve recomendar la historia de la filosofía, como hacen todos los que

vagan sin ningún sistema (1). De Descartes era grande admirador, pero mucho más de Bacon, y sobre todo de Locke, con quien está acorde en la cuestión capital del origen de las ideas. Lógica y cronológicamente las refiere todas á los sentidos, pero además de la *sensación* admite la *reflexión* y *comparación* (2) como actividades del alma que trabajan sobre el dato de los sentidos. Supone que la idea de sustancia se forma por *agregación* de las ideas parciales de los accidentes, mezcladas con cierta idea *confusa* del sustentáculo en que residen. Comparando el alma las ideas simples que debe á la percepción sensible, forma las ideas de relación. Los universales se forman «considerando una cosa que tiene otras semejantes, y considerándolas luego todas juntas en una masa, sin observar diferencia alguna particular» (3); filosofía ciertamente pobre, ramplona é incomprensible en medio de su aparente facilidad, puesto que quiere aunar cosas tan contradictorias como el alma pasiva y esclava del dato empírico ó de la experiencia, y el alma *considerando*, aunque sea con ideas confusas (que no sabemos de dónde le vienen) y moviéndose libremente como *entelequia*. Natural era que tal hombre despreciase soberanamente (4) toda especulación acerca de los universales y el principio de individuación, y que no viese en la ontología escolástica más que quimeras. Hay entendimientos en quien no cabe un adarme de metafísica, y tiene además el empirismo en todas sus formas la propiedad de atrofiar, ó á lo menos de mutilar, el entendimiento y de cortarle las alas. Por eso el tratado *De Re Metaphysica* de Verney, en lo que tiene de útil y laudable, no es tal

(1) «Este es el sistema moderno: no tener sistema», confiesa en la carta X, página 71 del tomo III.

(2) Vid. *Verdadero método de estudiar* (tomo II, carta VIII, páginas 298 y siguientes): «No tenemos otros conocimientos que los que entran por los sentidos..... Algunas ideas entran en nosotros con la meditación ó reflexión..... Otras, entran unas veces por sensación; otras, por la reflexión, v. gr., el gusto, dolor, existencia, unidad, potencia, sucesión, etc..... Las ideas compuestas que el alma forme se pueden reducir á tres clases: *modos, sustancias y relaciones*.

(3) Pág. 305 del tomo II.

(4) «Metafísica intencional es pura lógica; Metafísica real es pura física, y todo lo demás son puerilidades. Debían quitarla el título de Metafísica, y unirla con la Lógica y la Física» (pág. 8 del tomo III). Todo el libro está sembrado de proposiciones por el estilo, especialmente la carta V *De la Metafísica*.

metafísica, sino física, ó cuestiones malamente sacadas de la ló-gica y de otras partes de la filosofía. En física se va con los *neo-téricos* á banderas desplegadas, cosa buena en lo experimental, pero que no le autoriza para declarar *ociosa toda disputa sobre los primeros principios de los cuerpos*, borrando así de una plumada la cosmología, que ahora llaman filosofía de la naturaleza. Por el mismo principio echa abajo la ética especulativa (1), tildando con los apodos de *ridícula y metafísica* (expresión de oprobio en boca suya) á la indagación de los fundamentos del deber, sin calcular que así, con pocos embates, vendría por tierra la ética práctica, á la cual él reduce todo el Derecho natural y de gentes, para el cual recomienda como texto (sin escrúpulos ni prevenciones de ningún género), á Grocio, á Puffendorf, y con ciertos repulgos á Locke, *que trató del Derecho natural con su acostumbrada penetración y profundidad*. Hasta para Tomás Hobbes (2) tiene palabras de disculpa y de elogio el buen Arcediano de Évora, no por herejía suya, sino por pueril vanidad de mostrarse leído en libros extranjeros, y superior á todas las preocupaciones y trampantojos de su tierra.

Muchos escolásticos y algunos jesuitas, que no lo eran del todo, salieron á impugnar terriblemente el plan de Barbadiño (especialmente un fraile que se ocultó con el pseudónimo de *Fray Arsenio de la piedad*), pero á Pombal le pareció de perlas, y mandó ponerle en práctica, sirviendo de texto los tres tomitos á que el elegante Barbadiño había reducido toda la filosofía, en virtud del desmoche que de sus partes más capitales había hecho (3). Lo mejor de todo es el tratado *de re logica*, que así y todo no pasa de un plagio del italiano Genovessi, de quien era amigo, y á quien sigue paso á paso en el método, en las ideas y en las

(1) «No entiendo por Etica aquella infinita especulación que no establece máxima alguna útil para la vida civil ó religiosa» (pág. 117, carta XI).

(2) Pág. 182: «Hobbes fué filósofo y matemático grande, y escribió muy bien en materia de prudencia civil en sus tres libros *Elementa Philosophica de civitate*..., pero entre ellos, introdujo mil supuestos falsos y temerarios, y es un verdadero epícuero.

(3) *Aloysii Antonii Verneii | Equitis Torquati, | Archidiaconi Eborensis, | Apparatus | ad | Philosophiam et Theologiam | ad usum | Lusitanorum Adolescentium, | Libri sex. | Romae, 1751. | Ex Typographia Palladis | Apud Nicolaum et Marcum Palarinos. | Superiorum facultate.* (En 8.º XXIII más 536 páginas, con una dedicatoria

citas. Nuestro insigne médico D. Andrés Piquer, autor del mejor tratado de lógica que se escribió en el siglo pasado en España y fuera de aquí (con mucha diferencia de los restantes), juzga severísimamente el trabajo de Verney: «Nada nuevo hay en esta lógica tan voluminosa, y aunque en ella se tratan materias de todas las artes (siendo así que es poquísimo lo que hay de verdadera lógica), no tuvo otro trabajo que el de copiar á otros modernos que han hecho lo mismo. La erudición es mucha, pero hacinada, y con señas de no haberse sacado de los originales, por donde es tumultuaria, desordenada y de ningún modo á propósito para instruir con fundamento á los lectores, pero sí acomodada para llenarles la cabeza de varias especies, y hacer que parezcan sabios sin serlo. Sobre todo, es intolerable el desprecio que hace de los antiguos y la ciega deferencia á los modernos, hasta decir que «el librito de la lógica de Heinecio ó de Wolfio..... excede en grande manera á las bibliotecas de Aristóteles, Theophrasto y Crisippo». Llama pedantes á Erasmo, Huet, Scalígero, Vosio, Salmasio y aun al mismo Grocio. Dejo aparte los desprecios de Aristóteles, continuados y repetidos en toda la obra, porque estoy seguro que Verney no le ha leído, y se echa de ver en la poca exactitud con que refiere sus opiniones» (1).

Es de advertir que Verney, al contrario de otros innovadores filosóficos de su tiempo, no gustaba del método geométrico de Wolf, Gravesande y Keil, antes hacía profesión de escritor cultísimo y de atildado ciceroniano, hasta el ridículo extremo de pasearse muchas veces por las calles de Roma con un libro de Ciceron en las manos. Así es que trata con tal desdén el silo-

al Rey D. José I, y otra á los jóvenes lusitanos.) Es una historia crítica de la filosofía y de la teología, con observaciones sobre su utilidad y método.

—*Aloysii Antonii Verneii | Equitis Torquati, | Archidiaconi Eborensis | De Re Metaphysica | ad usum | Lusitanorum Adolescentium | Libri quatuor. | Romae MDCCCLIII (1753). Ex Typographia generosi | Salomoni | in foro S. Ignatii, | Superiorum facultate, (En 8.º XXII más 240 páginas.)*

—*Aloysii Antonii Verneii | Equitis Torquati, | Archidiaconi Eborensis | De | Re Logica | Ad usum Lusitanorum | Adolescentium | Libri quinque. | Romae, 1741. | Ex Typographia Palladis | Apud Nicolaum et Marcum Palearinos. | Superiorum facultate. (En 8.º XI más 388 páginas.)*

(1) *Lógica de D. Andrés Piquer, médico de Cámara de Su Majestad. (Madrid, Ibarra, 1781.)* Página XLI de la *Introducción*.

gismo que le relega á un apéndice: *Appendix, de re syllogistica* (1).

Como Verney, pensaban en lo ideológico algunos jesuitas españoles de los desterrados á Italia, y el que más se acerca á él es su paisano el P. Ignacio Monteiro, que en su notable *Curso de filosofía ecléctica*, aboga por la libertad de filosofar, citando el ejemplo de Inglaterra, y se muestra muy conoedor de todos los libros de los impíos de su tiempo, á quienes impugna con sobrada moderación é indulgencia, no escatimando los elogios á Locke y á Bayle, ni aun al optimista Shaftesbury, á Rousseau y á Helvecio, de quienes declara haber tomado doctrinas para la ética, así como de Montaigne y de Charron. Pero mucho más sabio y más prudente que Verney, sigue en otras cosas, así de sustancia como de método, á los antiguos escolásticas peninsulares, especialmente á Pedro de Fonseca, eximio comentador de la metafísica de Aristóteles y lumbrera de la Universidad de Coimbra. Y aunque Loc-

(1) Después de la extinción de los jesuitas, se popularizó mucho el curso de Verney, así en las escuelas de Portugal como en las de Castilla. Reimprimió la Lógica en Valencia (1769) el historiador del Nuevo Mundo D. Juan Bautista Muñoz, de quien es el prefacio latino que la encabeza, elegantísimo como todos los suyos.

El P. Isla tuvo siempre entre ceja y ceja al autor del *Verdadero método de estudiar*, y no sólo le maltrató en el *Fr. Gerundio* (viniendo á cuento y sin venir), sino que dice de él en una carta familiar, escrita en 10 de Enero de 1761: «Engañó al difunto Papa Benedicto XIV, como tantos otros eruditos de repente, osados y superficiales, en quienes se equivocó en el concepto de aquel laborioso Pontífice, sin duda porque como leía tanto, no tenía tiempo para examinarlo todo. El era el brazo derecho de Carvalho (Pombal) y de su embajador en aquella corte el Comendador de Almada, teniendo por cierto para mí que él fué el autor del famoso libelo *República del Paraguay*, porque el estilo y el artificio no le pierde pinta al que gasta en las demás obras suyas! Al P. Isla le ciega la pasión hasta decir que los tres tomos de Filosofía del Barbadiño «están llenos de ignorancias, de inconsecuencias y de puerilidades» (*Obras del P. Isla*, ed. de Rivadeneyra, pág. 592), y que están plagiadas de la *Lógica de Port-Royal*, siendo así que no se parecen nada, y que el verdadero original es el Genuense, como queda dicho en el texto.

El campeón y propagador de la doctrina de Verney en España fué un abogado catalán que decían D. José Maymó y Ribes. Publicó una *Defensa del Barbadiño* contra el P. Isla, y éste replicó en su *Carta escrita por el barbero de Corpa á D. José Maymó y Ribes, Doctor en teología y leyes, abogado de los Reales Consejos y del colegio de esta corte.... en que le da cuenta de una conversacion que tuvieron la tarde de San Roque, á la puerta de la botica, el señor Cura del lugar, Fr. Julián el agostero y Miguel el boticario*. (*Obras del P. Isla*, pág. 359.) Al fin anuncia tres cartas más, que no se permitieron imprimir por la animadversión que había contra los jesuitas.

ke y el Genuense, de una parte, y Leibnitz y Wolf, de otra, parezcan ser sus predilectos, de donde resulta un conjunto bastante híbrido y más erudito que filosófico, lo que es en la cuestión del origen de las ideas no vacila en apartarse *toto coelo* del sensualismo *condillaquista*, y defiende las «ideas, especies ó nociones innatas, infundidas en nuestro entendimiento por Dios». Otras ideas de inferior calidad las refiere á los sentidos, otras á la *meditación* ó reflexión (1).

El P. Monteiro era desertor de todos los campos. Nos dice en el proemio de la física que militó muchos años bajo las banderas de Aristóteles, pero «como era amantísimo de la libertad filosófica y despreciador de la autoridad en las cosas que caen bajo la jurisdicción de la humana mente, dejó á los peripatéticos y estudió el atomismo de Gassendo, que tampoco le satisfizo del todo. De allí pasó á Descartes, y de Descartes á Newton, hasta que entendió que «la verdad no estaba en un sólo sistema, sino difusa y esparcida en todos, con mezcla de muchas proposiciones dudosas ó falsas. Entonces abrazó fervorosamente el experimentalismo, basando toda su física en la observación, en la experiencia y en el cálculo, aceptando ó rechazando, conforme á este único criterio, lo que en Aristóteles ó en Epicuro, en Descartes, en Newton, en Clarke y en Leibnitz, hallaba de razonable. No siguió el método

(1) «A mente quidem ipsa eliciuntur aut manant, sed praeter eam mentis efficaciam..... aliae ab innatis speciabus seu notionibus menti nostrae á Deo inditis..... maxima pars a sensuum actionibus, aliae demum a meditatione originem ducunt».

(Vid. *Ars Critica | rationis dirigendae, | seu | philosophica humanae mentis institutio | «Logica» communi usu nuncupata | secundum Eclecticae Philosophiae leges adornata | Auctore Ignatio Monteiro. | Tomus I. | Pars I | Editio secunda Veneta | ab Auctore | correcta | aucta et illustrata, | Venetiis. | MDCLXXVII, Typis | Antonii Zatta...* 366 páginas en 8.º) En el prefacio proclama las excelencias del método experimental psicológico. La *Philosophia Libera seu Eclectica* del P. Monteiro, á la cual pertenece ese tratado, consta de doce tomos: el primero contiene la Geometría y la Historia de la Filosofía; el segundo y tercero, la Física general; el cuarto, la Astronomía física; el quinto, la Geografía física (en que entran la Hidrométrica y la Hidráulica); el sexto, la Aerometría, la Metereología y las teorías del fuego y la electricidad, el séptimo, la *Física de los vivientes*, ó sea la Fisiología, y además la Óptica, la Catóptrica y la Dióptrica; el octavo, la Metafísica; el noveno y décimo, la Ética; el undécimo y duodécimo, la Lógica.

Monteiro, lo mismo que Condillac, reduce los sentidos al tacto:

«Manifeste constat omnes plane sensus ad unum tactum reduci.»

geométrico ni tampoco el escolástico, sino el expositivo, aunque da mucha importancia á los cálculos. En la división de la filosofía se aparta de todos los tratadistas: la distribuye en pneumática ó tratado de los espíritus, moral y física. En ésta era realmente doctísimo, pero ¡cosa singular! un hombre tan aficionado á novedades, no admitía del todo la atracción newtoniana.

(Se continuará.)

M. MENÉNDEZ PELAYO.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Un sólo acontecimiento ha venido á dar vida al movimiento político en el transcurso de la quincena que hoy concluye. Volvió la corte de Portugal, no con sobrados motivos de satisfacción, por lo que hace al entusiasmo de los portugueses, y fué aquí recibida con la respetuosa agitación de los descontentos que pueblan la gran zona que se extiende alrededor del Ministerio, como si dijéramos, extramuros del Gobierno. La corte volvía casi directamente de Villaviciosa, y entraba como en su casa, en lo que bien podemos llamar Villarrevuelta.

No obstante, la presencia de ánimo del Presidente del Consejo de Ministros contuvo por de pronto los síntomas alarmantes de la rebelión incubada al abrigo del calor oficial en las mismas regiones ministeriales. Sea la que quiera la impaciencia que se atribuya á los descontentos, no se puede negar que son razonables, pues convencidos al fin de que el Jefe del Gobierno se opone resueltamente á toda modificación que altere el *statu quo* del Consejo de Ministros, no había, en último resultado, más remedio que apaciguarse hasta lograr ocasión más oportuna. Reconocer esta necesidad era ponerse en razón, y los partidos políticos muestran hoy empeño en hacernos creer que han sentado la cabeza.

Además, los argumentos del Presidente del Consejo de Ministros no tienen vuelta de hoja. Primer argumento: No quiero. Aunque parece que con esa razón hay bastante para convencer á cualquiera, lo que abunda no daña, y añade: Una crisis estando cerradas las Cortes vendría á ser una tercería, como quien dice, tejer Ministerios por detrás del Parlamento. Eso no sería constitucional, por más que á estas horas no sepamos á qué Constitución hemos de atenernos. Si tanta prisa tienen Vds. por llegar al Ministerio homogéneo, espérense; llegará día en que se abrirá el Congreso, allí promueven Vds. una cuestión cualquiera, nos tiramos verbalmente los bancos á la cabeza, viene la votación, somos derrotados como Gambetta, tomo el coche por no tomar el cielo con las manos, me voy á Palacio en vez de irme á mi casa, y la sabiduría de la Corona elige. ¿A Vds.? Entonces me en-

cargaré yo de formar el nuevo Ministerio. ¿A nosotros? Entonces disuelvo las Cortes, y cruz y cuadro.

Semejante manera de argüir es contundente, y, sin embargo, aun puede disponer de otros argumentos, como mero desahogo con los amigos más íntimos, ¿Qué quieren esas gentes? ¿Empleos? ¡Tan necesitados están! De saberlo á tiempo, habría sacado la mayoría de San Bernardino. Después de todo, de ahí se sacan los que llevan hachas en los entierros. ¡Destinos! ¿Acaso no he puesto yo en sus manos los destinos de la patria? ¡Cuándo lo hubieran soñado!.....

A mayor abundamiento, ha de ocurrírsele una observación práctica de fuerza irresistible. Dirá: Perfectamente: modifico el Ministerio. ¿Y qué? Contento á unos y descontento á otros. Los primeros se me pueden ir con el Duque de la Torre, y llegar hasta Ruiz Zorrilla; los segundos se me pueden ir con Cánovas. Lo que por una parte gano, por la otra lo pierdo. Mi situación se explica por medio de dos palabras de sentido análogo, á saber: de mi inmovilidad depende mi inamovilidad: quieto, pues, hasta la consumación de los siglos.

Ante la fuerza de tan poderosas razones, la actitud, al parecer resuelta del Presidente del Consejo de Ministros, es irreprochable, y la resignación relativa de los descontentos es, sin duda alguna, prudente.

* * *

Así estábamos, cuando llegó el momento crítico de cubrir la vacante que la muerte del Conde de Balmaseda dejaba como triste legado en la Capitanía general de Castilla la Nueva. La vacante de un alto puesto es siempre, en el modo de ser de nuestra política, manzana de discordia; pues tratándose de un alto puesto militar, calcúlese si habrá sido caballo de batalla. El Ministro de la Guerra tiene su candidato, el Duque de la Torre tiene también el suyo. ¿Quién será nombrado? ¿El General López Domínguez ó el General Castillo? El General Serrano y el General Martínez Campos se encuentran frente á frente. Si bien se mira, el Ministerio no sabe á qué carta quedarse, y los descontentos de todas especies se agrupan, esperando el instante supremo del rompimiento para tirar los sombreros por el aire.

No eran del todo infundadas sus esperanzas, porque si bien es cierto que no contaban con la huésped, contaban en cambio, dentro del Consejo de Ministros, con voz y voto. El encargado de la cartera de Fomento tenía á la vez, por lo visto, el encargo de fomentar la agitación de los descontentos, planteando entre sus compañeros una cuestión, si se quiere, de palabras, pero en el fondo de hechos; la cuestión más grave que ha podido ofrecérsele al asendereado juego de las instituciones; á saber, la cuestión de confianza.

¿Es que se desconfía de la sinceridad monárquica de los constitucionales puros? La pregunta era neta, y la respuesta ha sido más neta

todavía, firmándose inmediatamente el decreto en favor del General Castillo; y ante esta solución, el Presidente del Consejo de Ministros dobla la cabeza, como quien se somete ó como quien afirma. *Jacta est alea*, dicen los más eruditos de los descontentos, que traducen los otros diciendo: La pelota está en el tejado.

Sin embargo, no hay crisis; el Duque de la Torre se encoge de hombros, como si quisiera esconderse dentro de sí mismo: el General López Domínguez arquea la boca, como si quisiese hacer al fracaso un arco de triunfo; los descontentos, como niños enojados, vuelven la cabeza murmurando: «Tú pasarás por mí casa»; esto es, tú pasarás por el Congreso; y, en fin, el Ministro de Fomento se queda, sin duda, porque acostumbrado á la vida brillante de la corte, no le gusta retirarse temprano. Ello es que, vegetal ó mineral, la cosa pública resulta hecha una balsa de aceite; y nos induce á recordar los primeros renglones de aquella novela que empezaba diciendo: «Era de noche, y, sin embargo, llovía.»

Mas si los ánimos, discretamente aconsejados, han vuelto por una y otra parte á tranquilizarse, las palabras no son, por lo que vemos del mismo parecer, y se empujan unas á otras, como si, anticipándose á los hechos, pretendiesen marcar el itinerario de los sucesos. A la palabra desconfianza, fundamento del sistema parlamentario, ha sucedido una frase histórica, de sentido bastante explícito, que ha encontrado inmediatamente eco en los periódicos políticos, y que se repite de boca en boca. La frase es esta: «Obstáculos tradicionales».

No he de meterme yo ahora á averiguar si ha sido imprudencia dar ocasión á que salga nuevamente á luz, tan pronto á lo menos, una frase que destruye por completo todo el plan político del Jefe del Gobierno, y cuya trascendencia nadie debe conocer tanto como el actual Presidente del Consejo de Ministros, aun cuando no sea más que por las veces que se ha servido de ella. Pero si dejo ese punto aparte para que los sucesos futuros lo diluciden, bueno es advertir que lo que entendemos por obstáculos tradicionales, hállese ó no se hable de ello, existen siempre, porque fatalmente está en la naturaleza del sistema que nos rige.

Todos sabemos perfectamente que si la crisis de Febrero se hubiese aplazado para después, no habrían tardado mucho tiempo en aparecer los obstáculos tradicionales; y ya asomaron la oreja en los banquetes precursores de lo que llamamos el actual orden de cosas. ¿Es peligroso para determinadas instituciones modificar el Ministerio en el sentido en que lo solicitan los constitucionales avanzados? Debe serlo, puesto que es la única razón seria, verdaderamente política, en que puede fundarse la resistencia á la crisis. Que las tareas parlamentarias se hallan interrumpidas, que no se pueden tejer Ministerios fuera del Parlamento, eso es música constitucional, porque cabalmente las Cortes estén cerradas, porque el Ministerio no quiere modificarse en sen-

tido liberal. Manía, amor propio, terquedad ó instinto, ese es el hecho. Quiero decir que los obstáculos tradicionales existirán siempre. Por no tropezar en ellos una ú otra vez, D. Amadeo de Saboya renunció generosamente á la dignidad que representaba.

.

Aquí surge en realidad la gran cuestión política del día. No sé, y además no me importa, si el descontento de los ministeriales disidentes nace de necesidades personales, de ambiciones inquietas, de orgullos lastimados, de envidias mal disimuladas; lo que sé es, y me basta, que el litigio se plantea en el terreno de los principios, y que los descontentos reclaman con perfecto derecho el cumplimiento de las promesas estipuladas con garantías de primer orden. No cabe duda de que ellos fueron los auxiliares más eficaces del éxito obtenido el 8 de Febrero, y que por lo tanto, la participación activa que reclaman, les corresponde legítimamente.

Pero no se trata de personas, no se trata de estos ó los otros Generales, de estos ó aquellos particulares, porque en ese punto, por lo que hace á confianza, con rarísimas excepciones, no hay ya quien no merezca juicio de residencia. Se trata de principios, se trata del programa político del Gobierno evidentemente defraudado. Claro está que esa defraudación no me aflige, y que por lo tanto, no lo digo con ningún género de sentimiento. Pero la verdad es antes que todo, y la verdad es que el Gobierno, al huir de las Córtes, huye de su propio programa. Huye en primer lugar del espíritu, proclamado por el Ministerio, de la Constitución de 1869; huye del Jurado para toda clase de delitos, huye del matrimonio civil, huye de la libertad de cultos..... Huye, en fin, de sí mismo. ¿Es que son peligrosas esas soluciones? Pues entonces, ¿por qué las prometió? ¿Por qué las proclamó? ¿Por qué hace todavía como que las proclama? ¿Son prematuras? ¿No es aún ocasión de realizarlas? En ese caso, ¿por qué se ha anticipado á venir al poder? Si su programa es todavía irrealizable, ¿qué significa su presencia en el Gobierno?

Y bien, ¿qué quieren los descontentos? No rebajemos las cosas á las miserias del interés personal. Quieren el cumplimiento de lo prometido, la realización de lo proclamado, el triunfo terminante en las esferas del Gobierno de los principios liberales, base, razón y fundamento de la existencia del actual Ministerio. ¿Hay nada más justo? Ninguna declaración leal, digna de la formalidad propia de los hombres serios, vino á decirnos que la fusión significaba retroceso en las ideas avanzadas de los constitucionales; antes al contrario, se repitió en todos los tonos que los nuevos elementos entraban sin imponer condición ninguna, como neófitos, resueltos á profesar lealmente los principios revolucionarios del partido constitucional. El Jefe del Gobierno apa-

rece, por ahora al menos, como la cabeza visible de esta inconsecuencia.

Acaso se promete salvar la colonia sacrificando los principios, pero es cosa sabida é históricamente atestiguada, que los principios acaban siempre con la colonia.

Lo que acontece en Francia absorbe hoy el interés general. De seguro no se ha pronunciado nunca tantas veces el nombre de Gambetta como se pronuncia en estos días: y es que la desgracia suele ser más célebre que la fortuna. La caída de este hombre, ídolo ayer de la demagogia francesa, no era ciertamente un suceso imprevisto, y no obstante, ha sorprendido. Se quiere hacer creer, para que la víctima sea más interesante, que su derrota ha sido una intriga de Grevy, Ferry, León Say, y Freycinet. Y ocurre preguntar, si cuatro intrigantes pueden disponer así de una Asamblea que pretende apropiarse la soberanía absoluta, ¿qué queda en realidad de ese poder tan encomiado?

Gambetta ha caído como caen los falsos ídolos que elevan por un momento las exaltaciones de las pasiones políticas. Hay que convenir en que no ha caído del todo. Turbas hay que gritan en París: «¡Abajo la Cámara, y viva Gambetta!» pero son los últimos resplandores de una estrella que se eclipsa. Su crimen es el de todos los cortesanos de las revoluciones, que luego que se elevan quieren, si no detenerlas, encauzarlas. Comenzó furiosamente demagogo, y acaba demagogo doctrinario. Su discurso, al que se atribuye grande elocuencia, no ha sido bastante á contener la antipatía que su nombre inspira. Si hubiese sido Cromwel ó Napoleón, ó siquiera Pavía, en vez de echar á los diputados un discurso doctrinario que á nadie ha convencido, los habría echado por las ventanas; pero no es más que Gambetta.

No obstante su caída del poder, añade nuevas complicaciones al lamentable estado de la república. Para que todo sea falso en esas luchas públicas de errores y de pasiones que llaman sistema de Gobierno, el vencido va á disponer ahora de la misma Asamblea que le ha derrotado. No hay ministerio posible hoy sin la aquiescencia de Gambetta. Se le ha acusado de dictador, y ahora es cuando, aunque brevemente va á serlo, porque el estado de la Cámara y los partidarios que en ella tiene lo hacen árbitro de las decisiones de la Asamblea. Lo absurdo de ese estado de cosas no es nuevo, pero es soberanamente lógico. Gambetta impotente para gobernar, y la Cámara impotente á su vez para sostener gobiernos que no sean del gusto de Gambetta.

Tal es el fatal destino de la revolución moderna, no sabe más que destruir; ni siquiera tiene el instinto conservador de los bárbaros que invadieron el Occidente de Europa en el siglo V. Déjenla sola, y se destruirá á sí misma. Todas las teologías políticas y parlamentarias que se hagan para explicar la caída de Gambetta son vanas garrulerías

de los sofistas. En el fondo, el hecho se destaca terminante, imponente, reducido á estas dos palabras: la revolución marcha.

Freycinet, Presidencia y Negocios extranjeros; Ferry, Instrucción pública; Goblet, Interior y Cultos; Humbert, Justicia; Say, Hacienda; Carnot, Obras públicas; Mahy, Agricultura; Cochery, Correos y Telégrafos; Comercio Tirard, Billot, Guerra; y Jaureguiberry, Marina. Así, según las últimas noticias, se ha *confeccionado* el nuevo Ministerio, cuya suerte no tardaremos mucho tiempo en lamentar, si es que nos parece cosa lamentable.

* * *

Mientras Francia es teatro de esa descomposición revolucionaria que hace cada día más antipática á la república francesa, el canciller de Alemania reivindica los legítimos derechos de la autoridad real, y se impone con poderosa energía á los alardes ridículamente monárquicos de los diputados progresistas. La sesión del día 24 del Reichstag es un testimonio del impulso restaurador, verdaderamente restaurador que domina en la política de Bismarck. Asegurado con la alianza de Rusia y Austria, arroja política y religiosamente el guante á la revolución demagógica, que lo contempla atónita.

Y ¡qué contraste! Ese Estado hábilmente dirigido, que se impone al desorden revolucionario triunfante en el Occidente de Europa, es el vencedor de ese otro Estado que la revolución aniquila y aísla al otro lado de los Pirineos.

* * *

De Italia sólo podemos registrar hoy un documento diplomático, de cuya autenticidad no hay todavía certidumbre, dirigido por Macini, según se supone, al embajador del Quirinal en Berlín. Semejante documento, verdadero ó inventado, ó solamente concebido, no contiene más que una idea, y esa es falsa; á saber, que la ley de garantías para la independencia del Papa es de carácter interior. Para destruir lo especioso de su concepto, baste decir que el Sumo Pontífice, Jefe Supremo de doscientos millones de católicos esparcidos por toda la haz de la tierra, no puede ser, no es, no será nunca súbdito del rey Humberto, que es súbdito á su vez de la demagogia italiana.

¿Y esa nota diplomática es una precaución ó una respuesta? En ambos casos advierte que la cuestión es inminente ó que está ya planteada, y descubre además lo frágil del fundamento en que intentan apoyarse las pretensiones del Gobierno italiano.

* * *

No anda más medrada la monarquía portuguesa que la república que ha derrotado á Gambetta. La visita de nuestra corte á la de Lisboa no ha sido, casualmente, de muy feliz augurio; pues apenas hemos vuelto de Villaviciosa, cuando han comenzado á estallar síntomas de agitación en el vecino reino.

Ha sido preciso hacer prisiones en Oporto.

Las autoridades han prohibido un *meeting* contrario al Gobierno.

Los perturbadores han hecho resistencia, y la policía ha tenido que apelar á la fuerza; se cuentan algunos heridos. Y no hay muertos quizá, porque esas cuestiones suelen tratarlas los portugueses con cierta prudencia.

Entre tanto, los periódicos progresistas y republicanos agitan al pueblo en Lisboa contra todo lo existente.

El cuadro que se le ofrece á la monarquía portuguesa no es lisonjero, pero al fin todavía le queda un recurso para el último extremo: un par de buques ingleses en las aguas de Portugal resolverían la dificultad por el momento.

No he de poner término á la presente crónica sin consagrar algunas palabras á la noble empresa con que el sentimiento católico de España va á demostrar á la faz del mundo su ferviente adhesión á la augusta Persona del Vicario de Jesucristo.

Ese acto de Fe y de Esperanza y de Caridad no es, ni puede ser, ni debe ser un acto político. Esto no hay para qué discutirlo. Yo, por mi parte, no puedo persuadirme de que nadie pretenda darle semejante aspecto. Los católicos son los que deben tener más interés en que no se oscurezca el nobilísimo sentido de la romería.

Firmes en nuestra fe católica, nos asociamos á ella de todo corazón, seguros de que se le ha de hacer cruelísima guerra.

JOSÉ SELGAS.

MISCELÁNEA.

Bajo la presidencia del respetable Sr. Nuncio de Su Santidad en estos reinos, y con presencia del ilustre Sr. Arzobispo de Valladolid, celebróse el domingo 29, día del glorioso San Francisco de Sales, Patrono de la «Unión Católica», una gratísima sesión en el *Círculo Católico*. S. E. el Cardenal Moreno, que por estar indispuerto no asistió, dirigió á la Unión Católica una carta por demás expresiva, que fué oída con visible regocijo por la numerosa concurrencia que fué á la Junta.

Conocen bien nuestros lectores al dignísimo Párroco de San Luis, y no es menester que digamos una vez más con qué agrado escuchamos su docta palabra. Habló del Santo glorioso como él solo sabría hacerlo. El joven Sr. Sandoval ejecutó al piano con rara perfección una sonata de Beethoven, y nuestro querido amigo D. Antonio María Godró, que todo lo hace bien, cantó admirablemente la preciosa *Aria de Chiessa de Stradella*; y una estrofa del *Tantum ergo*, y varios versículos del *Miserere*, obras del inspirado maestro D. Nicolás González, auxiliado por los Sres. Unanue y Galardi. Oímos después la palabra elocuentísima del Prelado de Valladolid, que discurrió sobre la caridad con acierto y tino singulares. Terminó la velada con la bendición que dió el Sr. Nuncio á todos los asistentes.

Que San Francisco de Sales proteja y ampare á la «Unión Católica».

Se trasapeló en la imprenta, y debió salir á luz en el número anterior el siguiente suelto:

El periódico *El Fénix*, valeroso defensor de las ideas católicas, ha desaparecido. Compensa el sentimiento que este hecho nos produce, la aparición de otro diario *La Unión*, que viene á defender la causa de la verdad, con los mismos bríos y ardoroso entusiasmo con que lo hiciera *El Fénix*. Dirige *La Unión* nuestro respetable amigo el Sr. Conde de Canga-Argüelles. Lo hará de perlas, y el nuevo periódico ha de abrirse camino, porque es el Conde de los hombres que tienen mucha fe y no poca perseverancia.

Noticias sobre el *Imperio del Japón*. Así se titula un libro que acaba de publicar el inteligente Inspector general de Ingenieros de la Armada, D. Hilario Nava Cavada, quien ha tenido la bondad de regalárnoslo. El libro del General Nava contiene muy peregrinas noticias, y muestra elocuentemente que su autor sabe á conciencia lo mucho y bueno que dice. Reciba el General nuestra enhorabuena, y quedamos reconocidos á su amabilidad.

Con fecha 1.º del corriente se promulgó en la *Gaceta de Madrid* la ley del *Timbre*; para entender la cual, así como el reglamento correspondiente, que se publicó el día 6, conviene adquirir el libro titulado *Manual del Timbre del Estado*, trabajo hecho á conciencia, que es un nuevo título de gloria para su autor el distinguido jurisconsulto y buen amigo nuestro, D. José Montaut y Trigueros.

SELGAS.

Aun me parece que le veo. En aquel su modesto despacho de la calle de Claudio-Coello visitéle por última vez el día antes de que cayera enfermo. Vi al entrar en su habitación, que estaba Selgas hojeando los *Cuentos amatorios* de su grande amigo el autor de *El Escándalo*. Hícele una pregunta sobre el último libro que Alarcón ha dado á la estampa, y de aquí tomó pie para discutir con su habitual maestría acerca de nuestra literatura contemporánea. Dejamos el campo relativamente sosegado y tranquilo de la república de las letras, y llevónos el rodar de la conversación á parar mientes en la revuelta y agitada República francesa.

—¿Qué opina V. de la caída de Gambetta?

—Va V. á verlo.—Al punto leyóme unas cuartillas (las últimas ¡ay! que había de trazar su pluma), en las que juzgaba la reciente crisis política porque acaba de pasar la vecina Francia, y destinadas á ver la pública luz, como con efecto la vieron, en las páginas de esta REVISTA. Despedíme de aquel peregrino ingenio, á quien yo saludaba con el respeto debido al maestro, y á quien por pura bondad suya, podía considerar como dulce amigo, y salí de su casa pensando, como siempre, en los tesoros que Dios había derramado á manos llenas sobre el inspirado cantor de *Laura*. Inteligencia sutilísima y apta para ver con claridad los más intrincados problemas; juicio grave, profundo y sano; tan de envidiar á la hora presente, en que pocos le tenemos cabal; imagi-

nación rica y poderosa; pensamientos de hombre y corazón de niño; he aquí, á modo de síntesis, lo que yo veía y admiraba en aquel egregio poeta, gala y ornamento de la madre patria.

Pasaron unos días..... y recibo la tristísima noticia de que Selgas había muerto. Quédeme aterrado; pues hasta entonces no supe cuán entrañablemente quería yo al inmortal vate murciano. Su alma hermosa fué indudablemente al cielo, pero dejando ¡ay! la de cuantos le conocíamos sumida en profunda amargura; que si es cierto, como él decía, que *el espíritu es fuerte* y debe, por tanto, acatar sumiso los designios de Aquel que tiene en su mano la salud y la vida de los hombres,

También sabemos que la carne es flaca.

Y la carne no se resigna, ni ha de resignarse jamás á recordar sin pena la pérdida de tan grande hombre. Otros muy ilustres quedan peregrinando por este mundo; pero fuerza es convenir que con la muerte de Selgas parece que se ha ido toda una raza. Tan originales, tan exclusivas suyas eran las relevantes dotes que adornaban al autor de *La Primavera* y de *El Estío*. Maestro soberano en el bien pensar y bien decir ¡con qué vistosos colores sabía pintar los objetos! Atento siempre á defender lo bueno, lo verdadero y lo bello, hacíalo á maravilla y en todos los tonos. Ora se insinuaba tranquilo, como las aguas cristalinas de un lago, y presentaba la virtud como si saliera de las manos de un ángel, ora arremetía brioso é incansable contra las preocupaciones y vicios de nuestro siglo. Con la misma pluma escribía composiciones poéticas, tan dulces y llenas de no sé qué dejo celestial, como las que intituló *El Laurel*, *El Céfire* y *una flor*, *Lo que son las mariposas*, *La modestia* y otros cuya enumeración sería prolija, y los tercetos admirables que ha poco terminó, los cuales vienen con un calor de alma y con una tan robusta ento-

nación, que se diría habían sido forjados en la fragua de los cíclopes. Dechado de buen gusto, y eterno modelo de no igualada hermosura, son tales tercetos de lo más sublime que se ha compuesto en la presente centuria. El siglo XIX ha encontrado en la juvenalesca indignación de Selgas, el cantor que merecía. Pocos versos he leído que me hayan hecho impresión más profunda. Y lo mismo en esta poesía incomparable, que iguala, si no vence, la facilidad y gracia de que Byron dió gallarda muestra en el *Don Juan*, y la agudeza y brío de las sátiras de Swift, que en las demás obras de aquel peregrino ingenio, siempre descuella la altísima personalidad del poeta, con aquella su rica inexhausta vena, que dulce á las veces más que la miel del Hible y el vino de Chío, tornábase de pronto en vengadora de los agravios que se infieren ¡ay! en estos tiempos á todo pensamiento noble, recto y digno. Ínterin los poetas mediocres llevaban á las Musas por caminos harto prosáicos y pedestres, Selgas las hacía vivir en regaladas florestas, y el espectáculo de la naturaleza inspirábale tan divinos cantos, que no ha de llevarselos, no, el río del olvido. Ciertas obrillas que ahora privan, y que el vulgo de las gentes pone sobre su cabeza, serán en lo de vivir flor de un día, y de ellas podrá decirse con Calderón:

«Estas que fueron pompa y alegría,
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Durmiendo en brazos de la noche fría»;

pero siempre quedará para orgullo del Parnaso castellano aquel idilio, casi divino, á que Selgas puso por nombre *La cuna vacía*:

«Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,

Y cantando á su oído dijeron:

«Vente con nosotros».

Vió el niño á los ángeles,

De su cuna en torno,

Y agitando los brazos les dijo:

«Me voy con vosotros».

Batieron los ángeles

Sus alas de oro,

Suspendieron al niño en sus brazos,

Y se fueron todos.

De la aurora pálida,

La luz fugitiva

Alumbró á la mañana siguiente

La cuna vacía».

¡Cómo se pega al corazón esta poesía! Quien acertó á escribirla, quien por tan alta y tierna y delicada manera supo cantar la ascensión de un niño á los cielos, además de gran poeta, era sin duda hombre de bien á carta cabal.

Oyó Dios á Selgas, cuando en el año de 1849 exclamaba:

«Virtud, dame tu fe, dame tu aliento;

Olvida mis pasados desvaríos;

Brille en mi corazón tu sentimiento,

Brille en vida y en los versos míos»;

pues lo mismo se echa de ver en nuestro vate una tendencia moralizadora cuando canta á la madre común naturaleza en versos llenos de hermosura y sencillez verdaderamente homéricas, que cuando, émulo de Juvenal, fustiga con su acerada sátira las costumbres de la moderna sociedad. Lo propio acontece en las comedias que nos ha legado aquel bizarro ingenio, las cuales son

gallardo testimonio de que en todos los campos fluía vistosísima su fecunda vena. Cuanto á las novelas que escribió, no busquéis en ellas recónditas filosofías y grandes luchas de esas que conmueven el corazón y anublan el entendimiento; pero sí verdades profundas y útiles, embellecidas siempre con los primores y hechizos que sabe dar á las cosas, un tan florido ingenio y una fantasía tan perpetuamente primaveral, y rica en todo linaje de matices, como la que debió al cielo el insigne autor de *Las Hojas sueltas*. No ha ido Selgas á buscar sus héroes á luegas tierras, como lo hizo Byron, que hubo de encontrarlos entre los *kleptas* y los piratas griegos; topaba con ellos al volver de una esquina, en el *foyer* del teatro, en la plaza pública, y así tienen sus novelas un color local y un sabor tan de actualidad, que una vez comenzadas á leer, no hay soltarlas de la mano. Sin que pretenda Selgas convertir la novela en libro didáctico, ni se le ocurra escribir un tratado de teología cuando vuela por las regiones del arte, al modo de Goethe, que da un curso de comercio en el *Aprendizaje de Guillermo Meister*, acierta siempre á encender el alma con suavísimos destellos que la empujan dulcemente á calmar sus ansias en el seno de la Sabiduría Increada. Quizá no tengan á Selgas por novelista de grandes merecimientos los que se extasían ante el crudo naturalismo de Zola y de cuantos como éste escriben con la desvergüenza de un Rabelais ó de un Boccaccio; quizá le juzguen empeatado y pueril los que gustan de que se llame á las cosas por su nombre, aunque con esto haya de asomar el rubor á la mejilla de quien nos lea; quizá digan que Selgas no conoce los fundamentos estéticos en que se funda este género literario de que hablamos, y que por esto resulta endeble la traza de sus concepciones; quizá echen de menos esas recónditas lucubraciones que ahora se estilan, preñadas de tempestades y de violentas sacudidas que hielan el alma; pero, mal que pese á los gacetilleros de la crítica, Selgas, que era gran poeta, pri-

mera condición del novelista; Selgas, que conocía bien el corazón humano, ha labrado joyas tan primorosas como *El duelo á muerte*, *La manzana de oro*, y tantas otras que resistirán la inclemencia de los tiempos. La vena fecundísima del ilustre poeta sembró además infinitos artículos por los papeles periódicos, así de Madrid como de provincias. En todos ellos se ve retratado al hombre de nítido entendimiento y de buena y no interesable voluntad. La graciosa, abundante y entretenida conversación de Selgas no la olvidarán jamás cuantos tuvieron la fortuna de saborearla. Su ingénita modestia, no la estudiada que tan común es hoy día, sino la que brota espontánea y nace de un corazón sencillo, hacía más interesante aquella gran figura, cuyo recuerdo vivirá profundamente grabado en mi alma.

Selgas ha muerto, y como es de ritual en esta tierra de España, donde fué Cervantes recaudador de contribuciones, ha muerto pobre. Deja en este mundo á la virtuosísima señora que con él compartió las alegrías y las penas de la vida, y á dos hijos que eran regocijo y encanto de su hermoso corazón.....

Deja Selgas además muchos y buenos y cariñosos amigos..... Vean estos el modo y manera de hacer algo en obsequio á la memoria del gran poeta, y cuenten en absoluto para ello con el concurso humildísimo de la REVISTA DE MADRID.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

Ni pensó en acostarse, ni lo consentia la hora ya matinal en que terminó aquella sesion de alta política, que al buen curtidor, por extraño é inexplicable presentimiento, preocupaba más que otras análogas, celebradas por él con distintos sujetos en diferentes épocas de su vida.

Su amistad con el misterioso emisario era antigua, pero de aquellas que no abrazan y comprenden toda la vida, ni se cimentan y conservan con los sólidos lazos del trato continuo, ni se prueban constantemente en la piedra de toque de las diarias y no interrumpidas relaciones de la vida doméstica.

Ni tenia con él motivos particulares de resentimiento, ni tampoco le habia dado pruebas muy solemnes de verdadera amistad. Poco dado á malicias ni sospechas, el buen Romualdo cerraba piadosamente los oídos á ciertos rumores misteriosos, no muy favorables al activo agente que contra su probidad privada, y aun sobre su intervencion administrativa en el manejo y reparto de caudales, corria de boca en boca, aun entre los más decididos partidarios de la causa política que defendia; pero siendo Romualdo, como tantos otros hombres honrados, defensor de la extraña, pero vulgarizada teoría, de que la buena política posee por propia virtud el privilegio de una anticipada absolucion de cuantas picardigüelas se cometen con ocasion de servirla, y creyendo además, como muchos creen, que en política no deben despreciarse los hombres por sus defectos, sino utilizarlos por sus cualidades, pasaba por los vicios ó defectos del experto agitador la

generosa esponja del olvido, para no acordarse de otra cosa que de sus servicios á la causa, de su astucia en las negociaciones, de su serenidad en el peligro y de su indisputable habilidad en los trabajos preparatorios de toda empresa.

Romualdo no dudó nunca de la bondad absoluta é indiscutible de su causa. Su padre murió defendiéndola; de sus dos hermanos, el uno concluyó por ella, en el destierro, una larga y trabajosa existencia, consagrada exclusivamente al servicio de sus ideales; el otro, soldado también en su juventud, abrazó en el extranjero el estado religioso, y supo, como tantos otros, hilvanar gloriosamente su historia gloriosa y oscura de partidario, con las austeras virtudes, la admirable constancia y la fe inquebrantable en su misión y en su doctrina del misionero apostólico. Vuelto á Europa, si no con la palma del martirio, que en más de una ocasión estuvo á punto de coronar dignamente su admirable vida, con fama universal de santidad y el prestigio inmenso que á los ojos de sus superiores, y aun del gobierno inglés, le habían conquistado sus cristianas hazañas, despertó otra vez en su corazón el ardor político que le inflamara en su juventud, y de lejos, con el prestigio de la distancia, y el que en las almas generosas y nobles como las suyas despierta la desgracia, juzgó á su patria con el mismo espíritu que la había juzgado en sus mocedades: como presa injustamente de una minoría facciosa, cautiva de unos principios que la tiranizaban, y llorando, cual la España de los siglos medios, bajo el yugo de sus conquistadores. Españoles tiranizados y esclavos, y españoles opresores é injustos componían, según él, la nación toda: aquellos, fuertes y pujantes, y solo vencidos por la traición; estos, pocos en número, é imponiendo contra derecho, y solo por la fuerza, leyes y principios que la nación en masa rechazaba. Era por tanto deber de toda alma verdaderamente española y sinceramente cristiana, rechazar la invasión, reconquistar la tierra y restaurar, mejor diríamos, restablecer pacíficamente la antigua vida española y tradicional por un simple secreto.

Las teorías políticas del P. Crespo no eran más profundas que todo esto, y partiendo de ellas, á su imaginación activa y á su corazón generoso, todo lo demás les parecía fácil y llano.

Con tales antecedentes de familia, en continua relación con

su hermano, y creyendo, con razon ó sin ella, á su antiguo amigo como agente suyo, no es extraño que le prestase asentimiento y le dispensase toda su confianza.

Pero el Sr. Romualdo, á quien ni la sombra de una duda empañaba en su corazon y en su inteligencia la fe profunda que le animaba sobre la justicia de su causa, debia á su vida actual en la sociedad de su tiempo, á las relaciones que su profesion le imponia, y al conocimiento que, aunque confuso y embrollado, habia adquirido de los asuntos políticos cierta prudente desconfianza sobre los medios de accion con que su partido podia contar en el momento histórico presente.

Aun para los más ardientes patriotas, la idea de la patria en la emigracion se pierde y oscurece. Allí se borran y confunden las líneas en que este gran concepto se encierra, para no ver más que el punto culminante, la idea madre que, segun nuestro pobre, y siempre deficiente criterio, debe informar su espíritu y regular su vida.

Allí, desde lejos, cuando no se oye latir el corazon de los hermanos; cuando no se contemplan sus lágrimas: cuando no se tocan sus llagas; cuando no se participa de sus afectos, de sus necesidades, de sus virtudes, ni de sus sacrificios; cuando no se vive en sus luchas; cuando apenas es perceptible el humo de sus pobres hogares, la patria no es la pobre y humilde tierra que hay que contemplar con indulgente amor de padre, sino la entidad moral ó intelectual, puramente metafisica, que es preciso adoc-trinar como maestros, cuando no dominar como conquistadores.

Los medios, las dificultades, los obstáculos desaparecen en la niebla de la distancia para no contemplar sino exclusiva y apasionadamente el fin, el objeto último de nuestras esperanzas, de nuestras aficiones ó de nuestro amor. Desde el extranjero, la patria no es ó no nos parece más que un nombre, una idea, un fin, y cuanto mejor y más noble y más digno de nuestro culto es esa idea ó ese nombre, más nos engañamos: cuanto más le amemos, más fácil nos parece su triunfo, más desprecio, ¡justo y criminal desprecio! nos inspiran los medios que hemos de emplear para conseguirlo.

Pero, lo repetimos, el Sr. Romualdo no estaba en ese caso. Vivía en España, en comunicacion constante con sus convecinos,

al frente de un establecimiento industrial relativamente importante, con relaciones y amistades que en la ocasión presente se veía obligado á romper, ó á interrumpir por lo menos, con familia, dentro de la cual se realizaban sucesos gravísimos, á los que no podía ya consagrar preferentemente toda su atención, como en circunstancias normales lo hubiese hecho.

Todos estos motivos y otros de orden menos importante y elevado, tales como su edad, el conocimiento exacto de sus fuerzas y de los elementos de que disponía, y el necesario desencanto por lo maravilloso é imprevisto que aun en los corazones más entusiastas brota al calor de la realidad de la vida práctica, traían al buen curtidor caviloso y preocupado en la mañana que siguió á sus conferencias con el hábil muñidor de conspiraciones.

Duro y desabrido, contra su costumbre, con su mujer y hasta con su hija, exigente y reparon en el trabajo de sus operarios, triste y sombrío con cuantos se le acercaron aquel día, el buen curtidor presentaba aun á las ojos menos observadores y perspicaces el aspecto exterior de un hombre que ha tomado sobre sus hombros una empresa superior á sus fuerzas, que ha acometido un negocio que le preocupa ó disgusta, ó que contra su voluntad ha dado una palabra que ya no le es posible retirar, pero que comprende, en conciencia, que no debiera haber pronunciado.

No eran tales síntomas para pasar inadvertidos ante la escrupulosa y diligente observación de la Señora Lorenza, que tan pronto como vió aquella mañana á su esposo, le dijo abordando la cuestión de frente, como tenía de costumbre.

—A ti algo te sucede hoy que te pesa sobre la conciencia, y que no te atreves á decirme.

—No me pasa nada—la respondió su marido.

—Lo que quieras, pero ya sabes que á todos menos á mí puedes engañar. ¿Ha venido lo que esperabas?

—Y á ti ¿qué te importa?—exclamó Romualdo bruscamente.

—¡Y luego dirás que no te pasa nada!—le replicó con dulzura su mujer—cómo habrías tú de responderme en esos términos si no tuvieras algo que ocultarme ó pudieras darte á ti mismo alguna disculpa por tus malos modos. Ya sabes—añadió—que yo no me mezclé nunca en tus cosas para disuadirte de tus empeños y compromisos, quería saberlas..... porque..... porque te quiero,

y para poderte ayudar en ellas..... por lo demás ¡Jesus! bien me estoy yo callando y obedeciendo lo que tú dispongas, y pareciéndome bien y retebien todo cuanto haces y piensas..... con que haz cuenta que no te he dicho nada. Por lo que hace á Eulalia.....

—¿Qué—preguntó con interés Romualdo—has hablado con ella?

—He hablado, pero muy poco, de..... de su asunto. Parece más contenta y tranquila, como quien ha tomado una resolucion..... Acaso, sin que lo sepamos, ha tenido noticias ó recibido explicaciones de Juan Antonio.

—¿Lo crees tú así?—la preguntó Romualdo, mirándola fija y tenazmente.

—¿Por qué no? La cosa ni es imposible, ni mucho menos; tú y yo somos malos jueces para esta cuestion..... ¡quién sabe! ni Juan Antonio es tan malo como sospechamos, ni tampoco tiene tanto interés en serlo. ¿Por qué no ha de quererla como ella se merece?

—Ya ves su conducta.

—Acaso hoy venga.

—No vendrá: dicen que hoy se marcha.

—Nunca hizo un misterio de su próximo viaje, y no hay razon ni pretexto que le impida venir, siquiera á despedirse. Es una lástima que no hayas podido verle.

—Ya sabes que he hecho lo posible para conseguirlo. ¿Sabes hoy algo de su tío?

—Está peor..... hablaban de sacramentarle esta misma tarde.

—No ha de irse dejándole en ese estado.

—Así lo creo.

—De una manera ó de otra, fuerza será que él se explique. A mi carta no tiene más remedio que contestar, y si no contesta.....

—Calma, Romualdo; calma, por Dios, Estos son disgustos que todos los padres tienen, y no hay sino llevarlos con paciencia. Cuando uno está seguro de haber cumplido fielmente sus deberes, de haber hecho lo que tiene que hacer, de ser en su familia lo que Dios ha dispuesto que sean los padres, todo lo demás puede soportarse, y tú en ese punto eres un modelo.

—Calla, calla, que no está el tiempo para requiebros ni flores; yo soy tan malo como cualquiera, y tan descuidado, y tan.....

—¡Qué has de ser, hombre; qué has de ser, si no hay otro tan bueno como tú en el mundo!

—Sí..... si supieras.....—murmuró el pobre Romualdo en compungido acento, sin fuerzas ya para resistir á la hábil estrategia de su diplomática mitad—si supieras en la que me he metido..... Ha venido Roque..... Roque, ya sabes.....

—¡Lo ves!..... ¡lo ves cómo yo te conozco!—exclamó la señora Lorenza, demostrando, á pesar de su esquisita prudencia mujeril, toda la importancia que concedía á las revelaciones de su marido—te has comprometido con él.

—Sí.....—murmuró débilmente su marido.

—Mal hecho; es un mal hombre..... no lo dudes..... pero, en fin, ya no hay tiempo de volverse atrás.

—¿Qué dirían de mí?

—Nunca te he aconsejado yo cosa que pueda dejarte en mal lugar; pero ¿qué te costaba informarte bien, no dar un paso tan grave, sin asegurarte siquiera si el tal hombre obra ó no de acuerdo con los jefes?

—¿Había de engañarme?

—Á otros ha engañado.

—No le conoces.

—¡Mejor que tú!..... Su historia durante la guerra no es clara, ni mucho menos; acaso á él y á sus consejos se debió la conducta del Marqués en los últimos tiempos; así lo he oído asegurar á mucha gente; luego, nadie ha vuelto á verle. ¿Qué ha hecho en Francia?..... Nada bueno de seguro.

—Sea lo que quiera, ya no hay medio.

—No hay remedio, si Roque viene autorizado por quien puede mandarte, porque si no lo estuviera.....

—¿No ha de estarlo? He visto la orden, me ha entregado listas é instrucciones que no dan lugar á dudas.

—Pero ¿qué pierdes en enterarte? ¿por qué no te informas? ¿por qué no escribes? ¿por qué no haces un viaje, si es preciso?..... ¿no tienes á tu hermano? ¿por qué no le preguntas?..... ¿por qué?

—Bueno, no me apures, mujer..... tranquilízate, haré lo que dices..... si lo conozco..... á pesar mio, dudo de ese hombre y de..... pierde cuidado, que mañana mismo he de enterarme..... con maña, acaso por el mismo Roque.....

—No seas tonto, Roque te da á ti cien vueltas, y no sacarás de él nada en limpio; mejor es que, sin pérdida de tiempo, te pongas en camino.....

—¿Y Eulalia?

—¿Pero tan pronto ha de ser?

—Dentro de cuatro dias debo ya esconderme y empezar en la Sierra mis trabajos.

—¡Cuatro dias, Dios mio!

—Lo que oyes.

—Pero Romualdo, por Dios, ¿qué has hecho? Sin pensarlo, sin consultarme, sin saber si te ayudan.

—¡Qué le hemos de hacer! Ya no hay remedio. La causa es buena, Dios ve mis intenciones, y tú, por lo menos, no has de abandonarme.

—Yo no, hijo mio, yo no; pero ¿de qué ha de servirte esta pobre mujer, si, como creo, te han engañado? Escribe por lo menos á tu hermano, con eso nada pierdes; yo te haré llegar la contestacion á donde te encuentres, pero escribe sin pérdida de tiempo, cuéntaselo todo y pídele instrucciones; no le escribas á su nombre..... ya sabes.

Fuése Romualdo á escribir, y su mujer á meditar en la desgracia que, á su juicio, se le venia encima. La redaccion de la epístola no fué larga, y ya concluida, llamó el curtidor á uno de sus dependientes, y se la entregó para que la llevase al correo.

Salió el chico de la teneria por la puerta trasera que daba á la calleja, y no bien trascurrieron dos minutos desde su salida, á la misma puerta oyóse el paso acompasado y cadencioso de una patrulla de caballería, y sonó un fuerte aldabonazo, que con la inusitada aparicion de la Guardia civil, puso en conmocion á todos los vecinos del barrio. El muchacho que habia ido al correo, volvia entre los guardias pálido y acongojado, mientras otro dependiente corrió á dar la alarma á sus amos.

—¡Estamos cogidos!—dijo Romualdo á su mujer.

—¡Por el cauce!—exclamó esta—escápate..... yo me quedo.

—Es tarde—exclamó Romualdo tranquilamente, despues de asomarse á una ventana—han cercado la casa.

—¡Romualdo, por Dios.... escóndete! ¡que no te lleven!.....

—No hay cuidado, mujer, no hay cuidado..... no será nada.....

esconde los papeles..... en mi mesa..... adios..... voy á presentarme..... Eulalia..... no la dejes..... y valor..... te digo que esto no vale nada.

—¡Ah, bien me lo temia yo!..... Roque..... lo ves..... cómo era verdad..... él te ha entregado.

—¡Déjalo! si me la ha hecho..... no ha de valerle su travesura—y abrazando á su mujer, sin poder despedirse de su hija, corrió á presentarse al inspector que, acompañado de dos guardias, habia ya entrado en el patio.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

PROPAGACIÓN Y DESARROLLO

DE LA

FILOSOFÍA SENSUALISTA EN ESPAÑA DURANTE EL SIGLO XVIII (1).

(Continuación.)

Si el P. Monteiro acertó á librarse del sensualismo, no así el doctísimo valenciano Antonio Eximeno, á quien llamaron el *Newton de la música*, por haber establecido nuevo sistema de ella, refutando los de Tartini, Euler, Rameau y D'Alembert. Ya en el mismo libro *Del origen y reglas de la música*, donde trata del instinto con ocasión de la palabra, define la idea *sensación renovada*, y en otra parte la identifica con la impresión material. Mucho más explícito anda en su elegante tratado *De studiis philosophicis et mathematicis instituendis*, especie de discurso sobre el método, que sirve de introducción á sus *Institutiones philosophicae et mathematicae* (2). Esta obra quedó incompleta, por haberse extraviado el tercer tomo en un naufragio, cuando manuscrito venía á España para imprimirse, pero la parte que nos queda basta y sobra para mostrar sus tendencias. El curso es breve: la parte propiamente filosófica queda reducida á un tratado de análisis psicológico sobre las facultades de la mente humana y el origen de los conocimientos: todo lo demás es física y matemáticas: de metafísica

(1) Véase el número anterior.

(2) *Antonii Eximeni | Presbyteri | Valentini | De Studiis philosophicis | et mathematicis | instituendis. | Ad virum clarissimum | suique amicissimum | Joannem Andreium. | Liber unus. | Matriti. | Ex Typographia Regia, | 1789. (En 8.º, 315 páginas.)*

— *Institutiones philosophicae et mathematicae, Matriti, ex Typographia Regia, 1796. (Dos tomos en 8.º)*

sica ni palabra (1): la lógica está embebida en el análisis preliminar, cuyas fuentes son el *Ensayo* de Locke sobre el entendimiento humano y el *tratado de las sensaciones* de Condillac (2), en quienes halla nuestro jesuita cuanta ciencia puede desearse, *quantam licet scientiam comparare*. No se hable de filosofías eclécticas ni de transiciones con las *inepcias aristotélicas*, porque tales esfuerzos son *dignísimos de risa*. La filosofía, según Eximeno, viene á reducirse á lo siguiente:

1.^a Todo lo que el hombre hace, siente, medita y quiere, ha de referirse, como á último término, á su utilidad y conservación.

2.^a Todo lo que el hombre siente, piensa y quiere, es inseparable de algún placer ó dolor.

3.^a No hay idea que no haya sido adquirida por intermedio de algún sentido, ni siquiera la misma idea de Dios (3).

4.^a Las percepciones, sensaciones ó impresiones (para Eximeno todo es uno) quedan en la memoria, y se enlazan entre sí por cierto nexo, el cual consiste en la misma *textura de las fibras del órgano*, que enlaza entre sí los vestigios de las ideas.

5.^a «Todos los placeres y dolores del hombre tienden á un sólo y simplicísimo fin, es á saber: á su conservación deleitosa..... conspirando todas las ideas á advertir al hombre que se cuide y conserve, para disfrutar de los placeres de la vida..... (4). A toda idea acompaña alguna impresión agradable ó desagradable».

(1) Hasta el nombre de Metafísica aborrece Eximeno:

«Metaphysica, si plerisque credimus, est scientia de ente in genere, ejusque proprietatibus. Sed quidnam rei (mecum ipse ajebam) ejusmodi *ens in genere?*» (Página 16, *De studiis philosophicis et mathematicis instituendis*.)

(2) «Quapropter qui de rebus illis quantam licet scientiam comparare sibi cupiat, assidua verset manu Lockiam ejusque interpretem (Condillacium) a quo de negligentia Locki et erroribus, severius fortasse quam oportuerat, admonebitur». (Página 27.)

Algo tomó también de Descartes, Malebranche y Leibnitz, y del ginebrino Bonnet en su *Palingenésia*.

(3) «¿Quid a sensibus magis alienum quam Deus? De eo tamen nunquam cogitasses, nisi ejus nomen et attributa audisses et legisses, vel si mundi spectaculum, adhibita causae idea a corporum mutationibus hausta». (Página 52.)

(4) He aquí el texto de este increíble pasaje, que no hubiera desaprobado el mismo Helvecio: «En commune vinculum omnes complectens ideas: omnes hominis voluptates et dolores in unum simplicissimum finem conspirant, in ejus scilicet

6.^a El hombre está dotado de la facultad de comparar y enlazar entre sí las ideas, y de mudar el nexa y orden con que se engendran. Á esto se llama facultad *activa* del alma.

7.^a Por comparación entre las ideas singulares, y por abstracción después, se forman las ideas generales.

8.^a La percepción del placer ó del dolor presente es la *razón* que determina al hombre á quererlo ó á no querer (1).

¡Singular poder de la moda, y cuán pocos se sustraen de él! El hombre que con tanto desenfado propugnaba, no ya el sensualismo lockista, sino la moral utilitaria, con resabios deterministas, y hasta la teoría del placer, al modo de los epicúreos ó de la escuela cirenáica, era un religioso ejemplar y católico á toda ley, como lo era también el clarísimo P. Andrés, á quien él dedica su libro, historiador de todas las ciencias, y entre ellas de la filosofía con criterio ecléctico, pero sin disimular sus inclinaciones sensualistas. Para él Locke es el Newton de la metafísica: «no podía el entendimiento humano haber caído en mejores manos: Locke ha abierto un nuevo mundo, del cual podemos sacar ricos tesoros de nuevos y útiles conocimientos: sólo después de su *Ensayo* hemos empezado á estudiar bien nuestra mente, á seguirla más atentamente en sus operaciones, á conocernos en la parte más noble de nosotros mismos..... Él prefirió una verdad rancia á una especiosa y aplaudida novedad» (2) (la de las ideas innatas). Pero todavía Locke no le parece bastante sensualista al Abate Andrés: aun reserva mayores elogios para Condillac, en quien encuentra «la más fina anatomía del espíritu humano y de sus

commodum et voluptabilem conservationem: neque ulla excogitari potest voluptas, ullus dolor, quin cum coeteris omnibus doloribus ei voluptatibus multas habeat relationes, ut, si unae sint, unae conspirent ad admonendum hominem de se tuendo et conservando, ut vitae voluptatibus perfruatur. ¿Quae res inter se magis dissitae quam Homeri Ilias, et hominis nunc viventis hepatis? Nihilominus hujus hominis dolor hepatis levari potest voluptate capta ex Iliade». (Página 56.)

(1) Página 81 del *De Studiis philosophicis*.

(2) Vid. *Dell'origine, progressi | e estato attuale | d'ogni letteratura | dell' Abate | D. Giovanni Andres | Socio della R. Accademia de Scienze | e Belle Lettere di Manlova. Parma, della Stamperia Reale, | 1794.*

Tomo V., libro III *Della filosofia*; léase todo él, pero especialmente las páginas 545 á 548, y 561 á 566. Esta obra la tradujo al castellano D. Carlos Andrés, hermano del autor.

facultades y operaciones», las cuales demostró (contra el sistema lockiano de la *reflexión*) que no son más que *la misma sensación transformada de diversos modos* (1). No hay más filosofía racional y posible: «Descartes y Malebranche tienen demasiados caprichos fantásticos, á vueltas de algunas verdades útiles. Leibnitz y Clarke se han entretenido en especulaciones demasiado sutiles, en que no se puede llegar á la certeza: Wolfio y Genovesi conservan todavía mucho de la herrumbre escolástica: sólo Locke, Condillac y el ginebrino Bonnet pueden formar juntos un curso de práctica y útil metafísica, porque han examinado las sensaciones y puesto en claro la influencia de las palabras y de los signos en las ideas». ¡Es decir, porque han reducido la filosofía á la gramática! No da cuartel á los demás enciclopedistas, pero sí á D'Alembert, con cuyo *Discurso preliminar* se extasía, llamándole «el más bello cuadro que pluma filosófica trazó nunca» y rompiendo en admiraciones del tenor siguiente: «¡Qué extensión y profundidad de miras! ¡Qué inteligencia y posesión de las materias y de sus recíprocas relaciones! ¡Qué conocimiento de las facultades de nuestra alma y de los caminos que ha recorrido su incansable actividad!» «Los *Elementos de filosofía* de D'Alembert son una iluminada y segura guía, que conduciendo al filósofo por los inmensos campos de la naturaleza, le muestra los terrenos fértiles, que puede cultivar con seguridad de coger nuevos y útiles frutos, y los lugares estériles y áridos, donde después de muchos trabajos y fatigas no puede esperar más que espinas ó frutos ásperos é insípidos, y tal vez dañinos» (2).

Dentro del empirismo, que excluye toda noción de lo absoluto y de lo eterno, y reduce los universales á meros nombres ó *flatus vocis* sin contenido ni eficacia, sólo un refugio quedaba á los pensadores creyentes, el de suponer recibidas las primeras nociones de la humana mente, de la tradición ó enseñanza, que por cadena no interrumpida se remontaba hasta Adam, que las recibió directamente de Dios. Este sistema, de que ya pueden encontrarse vislumbres en los rabinos y en Arias Montano, llámase

(1) Página 508 del tomo referido. Llama á Bonnet «*il gran pensatore e il sommo filosofo de' nostri dì*».

(2) Página 565.

desde Bonald acá *tradicionalismo*, y á él se refugiaron muchos filósofos nuestros del siglo pasado (1) (y sin duda otros de otras partes, porque las mismas causas producen los mismos efectos), afirmando con Hervás y Panduro, que *el pensar es pedisequeo del hablar*, ó diciendo como Verney que *las ideas abstractas las recibimos de nuestros mayores*, ó que son fruto de enseñanza ajena.

Si tal era la doctrina de los más sesudos y prudentes, júzguese á dónde llegarían, sin este efugio tradicionalista, los innovadores resueltos y de pocas ó dudosas creencias. Dos traducciones se hicieron de la *Lógica de Condillac*: libro pobrísimo, pero muy famoso. Fué autor de la primera D. Bernardo María de la Calzada, capitán de un regimiento de caballería, el cual la dedicó al general Ricardos, procesado por el Santo Oficio como sospechoso de adhesión á los errores franceses (2). Tampoco Calzada salió inmune de las aventuras á que le llevó su desdichado afán de traducir, cuyo oficio era en él alivio de menesteroso. Abjuró *de levi*, según refiere Llorente, que fué el encargado de prenderle, y que se enterneció mucho (3). Calzada, á quien llama Moratín *aquel eterno traductor de mis pecados*, había puesto en verso castellano, con escaso numen, muchos poemas franceses, entre ellos las Fábulas de La Fontaine, *La Religión* de Luis Racine, la tragedia de Voltaire *Alzira ó los americanos*, y la comedia de Diderot, *El hijo natural*.

La segunda traducción de la *Lógica* (que más bien debe llamarse arreglo) es de D. Valentín Foronda, miembro influyente de la Sociedad Económica Vascongada, y cónsul de los Estados-

(1) Vid. *Del tradicionalismo en España*, por D. Gumersindo Laverde, en sus *Ensayos críticos de Filosofía, Literatura é Instrucción pública*, páginas 470 á 486.

(2) *La Lógica, | ó | los primeros elementos | del Arte de pensar. | Obra aprobada por la Junta de Dirección | de las Escuelas Palatinas, y aplaudida | por célebres universidades. | Escrita en francés | por el Abad de Condillac, | y traducida por D. Bernardo María de Calzada, | capitán del Regimiento de Caballería | de la Reina. | Madrid, 1784. | Por D. Joachin Ibarra, impresor de cámara de S. M..... (En 8.º, VI, más 203 páginas. Hay 2.ª edición de 1789.)*

(3) Calzada era cuñado del Marqués de Manca, grande enemigo de Floridablanca. Asistió á su prisión el Duque de Medinaceli, como familiar del Santo Oficio. (Vid. Llorente, tomo IV, pág. 101, el cual atribuye la desgracia de Calzada á una sátira que compuso, y que le granjeó muchos enemigos entre los frailes.) Un catálogo no completo de sus traducciones puede verse en Sempere y Guarinos, *Biblioteca del reinado de Carlos III*, páginas 231 y 232 del tomo VI.

Unidos, autor de unas *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía política y sobre las leyes criminales* (1), y traductor del *Belisario* de Marmontel, novela ó poema en prosa soporífero, hoy olvidado, pero que en su tiempo llamó estrepitosamente la atención por haber censurado la Sorbona uno de sus capítulos, en que se defiende á las claras la tolerancia, ó más bien la indiferencia religiosa.

Foronda no se limitó como Calzada á traducir literalmente (aunque con supresiones) la *Lógica* de Condillac, sino que la puso en diálogo, para acomodarla á la capacidad de su hijo, y la adicionó con varias reflexiones tomadas de la *Aritmética moral* de Buffón, y con un tratado de la argumentación y del desenredo de sofismas, copiado de la *Enciclopedia metódica* (2). El estilo de Foronda es agradable y sencillo, casi igual en limpieza y claridad al del autor que traduce.

Muchos traducían la Enciclopedia, sin decirlo. Así lo hizo el Dr. D. Tomás Lapeña, Canónigo de Burgos, que imprimió allí en 1806 un *Ensayo sobre la historia de la filosofía*, en tres volúmenes. Ya anuncia en el prólogo que no ha hecho más que reducir y sistematizar lo que halló en otros libros, suprimiendo sólo lo que *podía inspirar cierta libertad de pensamiento, no poco perjudicial* (3). Alguna vez muestra haber recurrido á la gran com-

(1) Madrid, imp. de Manuel González, 1789. El índice de sus escritos puede verse en Sempere y Guarinos, tomo V, páginas 177 y 178. Entre ellas figuran una *Carta escrita á la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, sobre la necesidad de enmendar los errores físicos, químicos y matemáticos que se encuentran en la obra de Feyjóo*; una traducción de las *Instituciones Políticas* de Bielsfeld, y otra del *Belisario* de Marmontel, que la censura no le permitió publicar. Después escribió unas notas críticas al *Quijote*, y otros opúsculos que no constan en Sempere. Foronda fué gran protegido de Cabarrú, y defendió el Banco de San Carlos contra Mirabeau.

(2) *Lógica de Condillac, [puesta en diálogo] por D. Valentín Foronda, [y adicionada con un pequeño tratado] sobre toda clase de argumentos, [y de sofismas] [y con varias reflexiones de la Aritmética] Moral de Bufon, sobre medir las cosas [inciertas, sobre el modo de apreciar las relaciones de verosimilitud, los grados] de probabilidad, el valor de los testimonios, [la influencia de las casualidades, el in-] conveniente de los riesgos y sobre formar [el juicio del valor real de nuestros] temores y esperanzas. [Con licencia. [Madrid: en la imprenta de González, MDCCXCIV. (1794.)*

(3) *Ensayo [sobre la historia] de la filosofía [desde el principio del mundo] [hasta nuestros días: [escrito] por el Dr. D. Tomás Lapeña, [Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana] de la ciudad de Burgos. [En Burgos, [en la imprenta de D. Ramon de Villanueva. [MDCCCVI. . . . (Tres tomos en 4.º: el segundo y tercero están impresos en 1807 en la imprenta de Navas.)*

pilación de Brucker y á otras fuentes serias, pero todo lo demás está copiado *ad pedem literae* del gran diccionario de Diderot y D'Alembert, con sólo suprimir la parte más francamente heterodoxa é impía, y juntar en un sólo cuerpo lo que andaba despararramado en muchos artículos.

El más original é inventivo de nuestros nominalistas de entonces es el valenciano D. Ramón Campos, autor de un libro llamado *El Dón de la palabra* (1), donde se sostiene sin ambages que «la abstracción no es operación del pensamiento, sino que se hace por medio del lenguaje articulado», de donde deduce que «no es posible infundir ninguna idea abstracta ni general en los sordos de nacimiento». ¿Qué será una abstracción hecha por medio de la palabra *sin intervención del pensamiento?* Misterio más singular y maravilloso no le hay en ninguna ideología espiritualista. Destutt-Tracy fué el primero que dió en tal desvarío (verdadero oprobio y rebajamiento de la mente humana, por más que le adoptasen algunos de los primeros tradicionalistas), afirmando que «sólo los signos artificiales, ó por mejor decir, los signos articulados, dan cuerpo á las ideas arquetipas y á las ideas de sustancia generalizadas», y que «sin tales signos no hay ideas abstractas ni deducciones».

Á muchos sensualistas les retrajo de ir tan allá (á pesar del espíritu de sistema) la observación clarísima de lo que pasa con los sordo-mudos. Á Destutt-Tracy y á Campos los refutó gallardamente el Abate Alea, amigo y contertulio de Quintana, colaborador suyo en las *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, y muy protegido por el Príncipe de la Paz, que le puso al frente del Colegio de Sordo-Mudos y de la Comisión Pestalozziana (2).

(1) *El Don de la Palabra en orden á las lenguas y al ejercicio del pensamiento, ó Teórica de los principios y efectos de todos los idiomas posibles*. Madrid, imp. de Gómez Fuentenebro y compañía. (En 8.^o 1804; 107 páginas.)

D. Ramón Campos era natural de Burriana. Estudió en San Fulgencio de Murcia. Fué catedrático de Física en los Reales Estudios de San Isidro de Madrid. Murió heroicamente peleando como guerrillero contra los franceses cerca de Belmonte en 1808, (Vid. Fuster, *Biblioteca Valenciana*.) Publicó, además de la obra citada, un *Sistema de Lógica*. Madrid, 1790. (En 8.^o)

(2) Alea publicó estos artículos por primera vez en las *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes* (cuya publicación duró desde 1803 á 1805), y luego los reimprimió al fin de las *Lecciones analíticas para conducir á los sordo-mudos al conocimiento*

Alea, aunque materialista en el fondo, admite que los sordo-mudos son tan capaces de abstraer y generalizar como los demás hombres, sin más diferencia que la del método y la del tiempo. Lejos de él creer, como Campos, que «el pensamiento por su naturaleza es incapaz de abstracciones y de toda idea general» y que «la memoria y la formación de las ideas universales son efectos del dón de la palabra, y de ningún modo operación del pensamiento». Estas brutalidades antirracionales indignan al elegante Abate, quien se limita á decir prudentemente que «las ideas se reciben ó engastan en los signos, y en particular en los articulados, los cuales, después que la lengua está formada y rica en términos abstractos, son ocasión para el pensamiento de mil ideas nuevas que no tendría sin ellos». Y con lógica irrefragable pregunta á Campos: «¿Los inventores de las palabras más abstractas no concibieron la abstracción antes de inventar la palabra que la expresa?»

Campos señala el último límite de degradación filosófica: no es posible caer más bajo. Para él las facultades humanas se reducen á dos, imaginación y memoria, y aun estas dependen del dón de la palabra. La imaginación es el pensamiento de las cualidades unidas con sus objetos ó de los objetos con sus cualidades: la memoria es el pensamiento de los objetos ó de las cualidades, no en concreto, sino *pegados y adheridos á las palabras, y tomando, por decirlo así, la forma de estas*, es decir, separados ó reunidos, según que la palabra los separa ó reúne. La unidad de idea depende de la unidad de movimiento en la sílaba.

¡Á tal grado de miseria había llegado la filosofía en la patria de Suárez! Y por lo mismo que parecían fáciles á la comprensión las groserías empíricas, propagáronse como la lepra, y fueron la única filosofía de nuestros literatos y hombres políticos en los primeros treinta años del siglo XIX. Esa es la que propagaron Reinoso en Sevilla, el P. Muñoz en Córdoba, y D. Juan Justo

de las facultades intelectuales, al del Ser Supremo y al de la moral, obra igualmente útil para los que oyen y hablan, escrita en francés por R. A. Sicard.... traducida y aumentada con un apéndice de observaciones ideológicas sobre la capacidad de los sordo-mudos, para las ideas abstractas y generales, por D. José Miguel Alea.... (Madrid, imprenta Real, 1807; 320 páginas.)

García, D. Ramón de Salas (1) y otros muchos en Salamanca, cuya Universidad, y especialmente el colegio de filosofía, eran, á fines de la pasada centuria, un foco de ideología materialista y de radicalismo político. De allí salieron la mayor parte de los legisladores de 1812 y de los conspiradores de 1820: Quintana, Gallardo, Muñoz Torrero..... eran hijos de las aulas salmantinas. Meléndez, que también se había educado allí, dice en una carta á Jove-Llanos que «al *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke debió todo lo que sabía discurrir» (2). No es extraño que su discípulo Quintana, trazando la biografía del maestro, se entusiasme con aquella escuela «que desarraigó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos, y abrió la puerta á la luz que á la sazón brillaba en Europa..... difundiendo el conocimiento y gusto de las doctrinas políticas y de las bases de una y otra jurisprudencia..... Los buenos libros que salían en todas partes, y que iban á Salamanca como á un centro de aplicación y de saber; en fin, *el ejercicio de una razón fuerte y vigorosa, independiente de los caprichos y tradiciones abusivas de la autoridad*» (3).

(Se continuará.)

M. MENÉNDEZ PELAYO.

(1) Las obras de todos ellos se publicaron después del año 20, y en su lugar serán analizadas.

(2) *Poetas líricos del siglo XVIII*, tomo II, página 73.

(3) Vida de Meléndez, por Quintana. (En las *Obras* de éste, tomo XIX, de la *Biblioteca de Autores Españoles*, página 110.)

AL SIGLO XIX (*).

I.

Siglo de la inquietud y el movimiento,
Del papel, la revuelta y el negocio,
El *confort*, la *toilette* y el tres por ciento.

En este instante que me embarga el ocio
Y me deslumbra tu soberbia pompa,
A la lisonja universal me asocio.

Deja que alce la voz y el aire rompa
Y en armoniosos números resuene
Al son de la guitarra ó de la trompa.

Que hay que tomar el tiempo como viene
Y apechugar con todo, porque hay prisa
Y desdichado aquel que se detiene.

Vamos, que es tarde y la impaciencia avisa.
—¿A dónde?—¿Qué más da!—¿Cómo?—Al acaso.
—¿Alegres?—Más aun, muertos de risa.

Pasó la oscuridad y huyó el atraso,
Sabios hasta los niños de la escuela,
La mar de libertad nos sale al paso.

¿Tengo alma? Muy bien, no me desvela;
Mas que hay eternidad, premios, castigo.....
Eso que se lo cuenten á mi abuela.

¡Dios!..... sí; pudiera ser; no contradigo,
Si es un Dios razonable, que lo haya,
Que al fin nada tendrá que ver conmigo.

(*) Compuso Selgas estos admirables tercetos para que sirviesen de introducción á un libro suyo inédito, titulado *Vivos y muertos*. Que se publique pronto dicho libro, para honra de la patria literatura.

Pues hoy la humanidad su fuerza ensaya,
Y en eso de meterse en nuestras cosas,
La ciencia y la razón lo han puesto á raya.

Abre el siglo á mis pies sendas hermosas,
Que pródigos tapizan á su modo,
En oro el lujo y el placer en rosas.

Ya entre razón y fe no hay acomodo;
Abra lo porvenir su seno oscuro,
Que es nuestra voluntad saberlo todo.

Vicio..... Virtud..... ¿Y qué? ¡Vaya un apuro!
¿Quién puede aquí pesar lo verdadero,
Si no hay más peso ya que el peso duro?

¡Deber!..... ¡Deber!..... Palabra de usurero.
Los deberes no son nuestro camino.
¿Hay algún otro que el deber dinero?

Religión..... Humildad..... ¡Qué desatino!
Pierde el tiempo quien quiera, hablando en plata,
Comulgarme con ruedas de molino.

¡Que al cabo moriremos!..... Patarata,
Yo de la libertad tiro del carro,
Aunque me llamen mulo de reata.

Ya sé que me dirán que soy de barro
Débil, frágil, mortal, gusano inmundo;
Nada de eso me importa ni un cigarro.

Pues sé también que en mi saber profundo
Soy sin freno, sin trabas, libre, en pelo,
El mayor animal que hay en el mundo.

II.

¡Qué cuadro, oh Dios! Al descorrerse el velo,
Progreso, libertad, ciencia, ganancia,
La Arcadia, Jauja, el Paraíso, el cielo.

Juntos el privilegio y la ignorancia
Cayeron, y á la vez abre copioso
Su retorcido cuerno la abundancia.

Si al resplandor del rayo luminoso

Se civilizan pueblos y naciones,
¿Habremos de seguir haciendo el oso?

Fuera el temor; no más preocupaciones,
Y calle la verdad ó entre y arguya
En el tropel de tantas opiniones.

¿No ha de haber quien su imperio sustituya
Cuando el tumulto en las ideas crece
Y activo cada cual lleva la suya?

Si no quiere ceder, siga en sus trece,
Porque en fecundidad no hay quien nos pueda,
Y en eterno charlar todo perece.

¿Oyes?..... ya gritan; la palabra rueda,
«Pueblo» y «Patria» y «Honor». Facundia rara,
Pues bien puedes decir que otra les queda.

Bueno que diga la codicia avara
Que esto es comprar la vida á peso de oro,
Y que nos cuesta un ojo de la cara.

Pero ved bien del súbito tesoro
De la futura edad, ya en nuestra mano,
Correr sin cauce el manantial sonoro.

Lo que aun no fué, ya es; se abrió el arcano,
Oro es el tiempo y la señal patente
Del grande alcance del poder humano.

Pródigo al par el crédito impaciente
Endosa á lo futuro sin descuento
Todo lo que derrocha lo presente.

Y tú, deuda inmortal, vida y aliento
De nuestra edad, hasta en la más remota
Has de ser memorable monumento.

Que es mar sin fondo tu riqueza ignota,
Como el vacío que al espacio inunda
Y ni la misma eternidad agota.

¡Cuán poderosa, oh Dios, y cuán profunda
A mis absortos ojos se presenta,
De tanto bien la concepción fecunda!

Se abre el festín, la humanidad se sienta,
Y gasta y goza y come y bebe y vive,
Y la posteridad paga la cuenta.

¿Quién á vivir así no se suscribe?
 A tan continuo afán, ¿quién no se aviene?
 Mayor prosperidad no se concibe.

Millonario hay que ser, eso es de ene.
 ¿Quién en el mundo ya tiene bastante?
 ¿Quién no gasta ya más de lo que tiene?
 Y al que le coja el carro que se aguante;
 La suerte échada está, se abrió el barato,
 No hay que retroceder, trampa adelante.

Pues vivir como tres en un zapato
 Es cosa que pasó, y ancha es Castilla,
 El que venga detrás que pague el pato.

III.

¿Y no ha de ser del mundo maravilla
 Este tráfico audaz, perpetua feria,
 Honra del lucro y del honor mancilla?

No volváis hacia mí la cara seria,
 Pues os diré que nunca como ahora
 Ha escarnecido el lujo á la miseria.

La sed de rebelión que nos devora,
 En traiciones sin término resulta,
 Que siempre fué la rebelión traidora.

Del vicio ruín que á la virtud insulta
 Ceñimos ciegos la mortal guirnalda,
 Y mientras llega entre la sombra oculta

La gran justicia que las cuentas salda,
 Seguimos con la lengua por el suelo
 Y al cielo vuelta la azotable espalda.

Inútil es nuestro inconstante anhelo,
 Que no dan nunca ni por falso brillo
 Flores las rocas ni calor el hielo.

Siglo de la subasta y del martillo,
 ¿A dónde irás sin que el pesar te venza;
 Sin Dios, sin corazón y sin bolsillo?

No hay ya humano poder que te convenza;

Te acercas al umbral del día aciago
Sin virtud, sin valor y sin vergüenza.

Y al perecer en el común estrago
No han de brotar en tus desiertas ruinas
Ni flores de amarillo jaramago.

¡Oh siglo poderoso que iluminas
Con la luz de tu propio vilipendio
El tenebroso fin á que caminas!

De tu ciencia y tu ser suma y compendio,
Ya rencorosos llaman á tus puertas
El puñal, la rapiña y el incendio.

Llaman con ronca voz y no despiertas,
Y apurando el placer hasta las heces
Giras en torno las miradas yertas.

Tremendo es el castigo que mereces;
Los mismos que engendraste en tus entrañas
Van á ser tus verdugos y tus jueces;

No es Atila que en rápidas campañas,
Al sol sangriento de su espada asoma,
Asolando palacios y cabañas.

Siglo nueva Babel, nueva Sodoma,
No es menester que el Septentrión los lance,
Los bárbaros están dentro de Roma (1).

No escaparás á su terrible alcance,
Llevan la ley de la justicia eterna
Y Dios consiente que su furia avance.

Ufánate, generación moderna,
Ya cada entendimiento es un abismo,
Y cada corazón una caverna.

IV.

Así suelo yo hablar conmigo mismo
Cuando la noche á meditar obliga
Y en solitaria reflexión me abismo.
Mas pronto el día mi terror mitiga

(1) Tasara.

Al despuntar en la apartada sierra
La dulce claridad del alba amiga.

Y al punto veo despertar la tierra,
Rindiendo al cielo en homenaje cuanto
En vida y en amor y en pompa encierra.

Sus cimas y sus copas entretanto
Los montes y los árboles levantan
Y el césped tiende su florido manto.

Y brota el sol, las nubes se abrillantan,
Baten palmas las hojas, salta el río,
Los aires vuelan y los nidos cantan.

Y al pie de la montaña el bosque umbrío,
Que soñoliento aun se despereza,
Blande las ramas que bordó el rocío.

Así nace á la luz naturaleza
Del hondo seno de las sombras frías
Y nos hace creer que el mundo empieza.

¡Valiente novedad! Viejas manías,
Rutina que nos trajo el tiempo inculto,
Que eso siempre pasó todos los días.

Lo que hay que ver aquí es el tumulto
Con que la especie humana en Dios se erige
Y á su propio poder se rinde en culto.

Que desde el Manzanares al Adije,
Ó más bien desde el Atlas á los Andes,
Sólo la voluntad del hombre rige.

Quién nos puede negar que somos grandes,
Si hemos puesto con mano vencedora,
Pásmense ustedes, una pica en Flandes.

Ved cómo la brutal locomotora
Bramando, por la negra chimenea
El humo lanza y la extensión devora.

Y al telégrafo ser voz de la idea,
Oráculo del pueblo soberano
Que en las revueltas calles hormiguea.

Arde el petróleo aquí, más allá ufano
Encarcelado el gas incendia el viento,
La dinamita atroz salta en la mano.

Bolsa y cuartéles, club y Parlamento,
 El palacio, el garito..... ¡muera!..... ¡viva!.....
 La asonada, el motín..... ¡Qué movimiento!

La industria desatada el rayo activa
 De máquinas terribles, donde esclava
 Ruge á su vez la pólvora expansiva.

Del genio libre la elocuencia brava,
 Dice en salva sangrienta, á cañonazos,
 Que el hombre empieza cuando el mundo acaba.

Ni derechos, ni vínculos, ni lazos;
 En cambio, audacia, puños y coraje,
 Que aquí todo se arregla á linternazos.

Y honrando la palabra su linaje,
 Las sílabas aumenta y el sentido,
 Y hace de libertad libertinaje.

¡Dichosa edad! ¡De dónde habrás venido!
 ¡Qué tontos deben ser los que se han muerto!
 ¡Qué esperan, necios, los que no han nacido!

V.

Mas tan risueño Edén fuera un desierto
 Si en el altar de espléndida comida
 No hallara el apetito su cubierto.

Rica la mesa al paladar convida
 Y al placer del estómago convoca,
 Que hay que vivir haciendo por la vida.

Y ante el *menú* nuestra impaciencia loca
 Se aviva y se nos hace, anuncio grato
 De esquisito sabor, agua la boca.

Sobre limpio mantel, de plato á plato,
 Se elevan, ya en cristal, ya en porcelana,
 Perfumes que cautivan el olfato.

La cocina en el mundo soberana,
 Salsas, fritos y asados condimenta,
 Del paladar asidua cortesana.

¡Qué variedad de guisos nos presenta!

¡Con qué arte los sazona y los perfuma!
 ¡Qué trufas! y ¡qué sal! y ¡qué pimienta!

Y en tanto que el deleite se consuma,
 Hasta los bordes de la copa asciende
 De alegres vinos la bullente espuma.

Crujen los vasos y el afán se enciende;
 De par en par abiertas sus favores
 Brindan para empezar ostras de Ostende.

Disputándose formas y colores,
 Bordan la mesa y dan al gusto ejemplo
 Frutas de aquí, de allá pastas y flores.

Que han de acabar, por lo que yo contemplo,
 El estómago en dios, la gula en rito,
 En ara el plato y la cocina en templo.

Si una vez satisfecho el apetito
 La digestión mis fuerzas embaraza
 Cuando más renovarlas necesito

Al embotado espíritu solaza
 Ver entre copa y copa en gran bandeja
 De soñador café llena la taza.

Y al grato incienso del altar semeja
 El tabaco oloroso, cuando el humo
 Su rastro azul en el ambiente deja.

De Heliogábalo y Lúculo presumo
 Que envidia somos. Roma vomitando
 Ni más regalo vió, ni más consumo.

¡Oh fuerza digestiva! Dime, ¿cuándo
 Nueva afición habrá que nos inquiete?
 Lo demás es vivir de contrabando.

Ánimo, pues, que el mundo nos promete
 Las horas detener que el tiempo guía
 Y abrir la eternidad para un banquete.

Tú, estómago vulgar, boca vacía,
 Que comes por vivir, sin más apuro
 Que el pan nuestro ramplón de cada día,

Si vinieres á vernos yo te juro
 Que en nosotros verás los más lucidos
 Cerdos de la piara de Epicuro.

Y si vienes, adorna tus vestidos,
Déjate el alma avergonzada y sola
Y no me traigas más que los sentidos.

Mesa..... palacio..... tren..... ola tras ola
Nos inunda el deleite y nos afana,
Y en cuanto á lo demás, rueda la bola.

VI.

Tal Babilonia fué, tal fué pagana
La poderosa Roma; aun á los ojos
Fingen ejemplos de grandeza humana.

Mas tiene la justicia sus antojos,
Y las selló, y son por ley expresa
Recuerdos de ignominia sus despojos.

Que hicieron de ellas degradante presa
Los apetitos de la carne bruta,
Y cayeron las dos de sobremesa.

Nosotros vamos por la misma ruta
Al mismo fin, pues nunca habrá misterio
En que el mismo árbol dé la misma fruta.

Nada nos falta, ciencia y magisterio
Gobiernan y los cetros y el Estado
Los que sofistas son del Bajo imperio.

Y á tal punto las cosas han llegado,
Que hasta en la humilde casa en que se esconde,
Tiembla el hombre de bien de ser honrado.

Donde mires verás, no importa dónde,
En infamia y vileza á todos unos,
Y al nombre de virtud nadie responde.

Y si, locos de atar, dicen algunos
Que ahondándose se acerca el precipicio,
Los llamaremos locos é importunos.

Que ya no hay deslealtad sin beneficio,
Y halla el fraude favor, derecho el crimen,
Y premio la impiedad, y aplauso el vicio.

Verás alzarse en triunfo á los que oprimen,

Felicitado el oro que soborna,
Desamparados siempre á los que gimen.

Que en el revuelto mar de esta liorna,
Charco más bien de víboras y ranas,
Todo en desprecio del honor se torna.

¿Temes ser bueno? Tu camino allanas:
Sé hipócrita una vez, fingete infame
Y te echarán á vuelo las campanas.

Porque aquí ya no hay más que toma y dame,
Y es juego de compadres fama y nombre,
Y no hay degradación que no se aclame.

La gloria del imbécil no te asombre,
Sí es perverso además, que en esta altura,
De rebajarlo todo vive el hombre.

¿Quieres medrar?.... Pues dobla la cintura
A toda corrupción, írquete y lleva
Sucias las manos y la lengua impura.

Toma de donde haya, pon á prueba
El ajeno interés, y una vez lleno,
No has de encontrar ley que se te atreva.

Triunfa, avasalla, y si murmuran, bueno,
Que nunca han de decir que es amor propio
Este amor que sentimos por lo ajeno.

¿Qué más puedes querer? Hecho tu acopio,
Compra lisonjas, y á dormir tranquilo,
Que el bienestar en la conciencia es opio.

Deja al pobre que honrado, hilo á hilo
Llore de la fortuna los desaires,
Pues ¿qué te importa á ti que sude el quilo?

Haz gala de primor en los donaires,
Y dinos que á este mundo no viniste
Ni á arar la tierra ni á mudar de aires.

VII.

¡Oh siglo! vuelvo á repetir, ¡cuán triste
Se me ofrece la pérfida algazara
Con que la angustia de tu afán se viste!

Arroja el antifaz que así te ampara,
Y dime francamente si te atreves
A mirarte á ti mismo cara á cara.

Huye el tiempo veloz, las horas breves
No han de volver, y la sentencia espera,
Aunque al gran juicio tu arrogancia lleves.

Que ya empezó el castigo con la fiera
Sed de placeres que insaciable inspiras,
Porque esa misma sed nos desespera.

No sabes lo que ves ni lo que miras,
Finges ciencia y moral, recursos vanos,
Pues sólo te alimentas de mentiras.

Como ya en corrupción, restos humanos,
Nuestros cuerpos, devóralos la muerte,
Convertidos los goces en gusanos.

Así vamos viviendo, y de esta suerte,
Cansados, mas no hartos, como en pena
La vida en sepultura se convierte.

Cunde en las almas la mortal gangrena,
Y en el presidio de la carne, en hordas
Arrastran de los cuerpos la cadena.

Almas á todo bien ciegas y sordas,
En la molicie sensual activas
En que tú, siglo sabio, las desbordas.

Y han de sentir, mirándolas cautivas
De tantos vicios en el lazo estrecho,
Dolor naturaleza al verlas vivas,
Santas tristezas Dios, de haberlas hecho.

JOSÉ SELGAS.